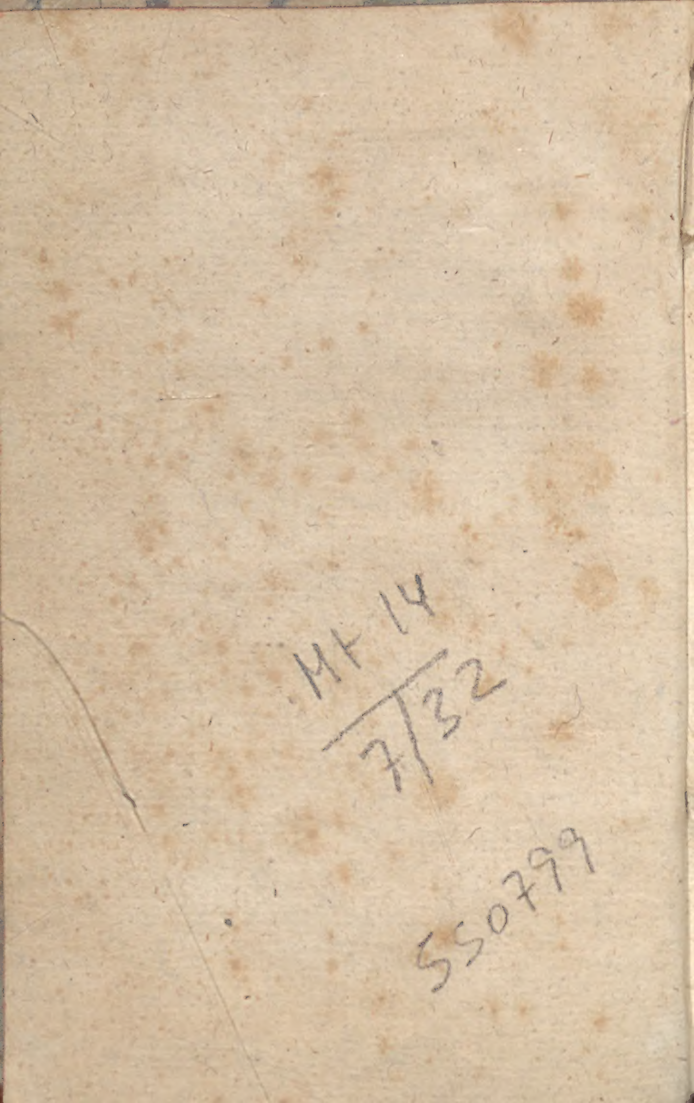







Mf 14
7/32
SS0799

LAS TARDES
DE LA GRANJA,
Ó
LAS LECCIONES DEL PADRE.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA.

TOMO SEGUNDO.

MADRID
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1811.

¡Rústicos techos, campos abundosos,
magnífico estrellado pavimento,
alma naturaleza! los mejores
libros de la enseñanza sois vosotros.

TARDES

CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

LAS TARDES DE LA GRANJA.

TARDE IX (1).

LOS DUELOS.

El padre castigado.

A excepcion de Armando, muy temprano se habian juntado los hijos de Palemon. Preguntóles éste,

(1) Debe suponerse que el órden de los dias no se sigue con escrupulosidad, y que tal vez pueden haber mediado algunos de una tarde á otra.

si habian visto á su hermano, pero le respondieron que no sabian donde se hallaba. No ignoraba Palemon lo que habia sucedido á Armando en aquella mañana, y mandó á Benito que fuese á buscarle. Este, despues de haber recorrido toda la granja, por fin le halló en un establo arrimado á una pared y como fuera de sí. ¿Qué tienes, hermano mio? le dixo Benito. — Nada, déxame. — ¿Parece que tienes alguna pesadumbre? — Ya te he dicho que me dexes. — Padre me ha mandado que te busque... — ¿Qué dices? — Que está, como nosotros, atónito de tu fal-

ta. — Ya te sigo, Benito; vamos... á ... cum... plir las órdenes de padre... ; mas no le digas que me has hallado aquí en semejante posicion. — ¿Y si me lo pregunta?... responderé ... le diré que te he hallado quando me dirigia al terrazo. — [illegible]

Armando siguió muy triste á Benito, que le hacia mil preguntas sin recibir contestacion. Llegaron pronto á presencia de su padre, el qual fingiendo ignorar lo que habia pasado entre Armando y Julian, hijo de un labrador vecino, tomándole la mano, le dixo con dulzura: ¡Mucho has tardado, que-

rido! — Señor.... yo estaba... — Siéntate, y escuchad todos una noticia que acabo de saber, y me ha causado algun disgusto. Todos conoceis al marques de quien era el castillo que se ve desde aquí en la cumbre de aquel monte.— ¿El marques Defort, dixo Leon? —El mismo. Sabed, pues, hijos mios, que acaba de morir de pesadumbre. Voy á contaros su historia, que creo será provechosa, en particular á alguno de vosotros.

Diciendo así, Palemon miraba á Armando, quien mudaba de color y ponia los ojos en el suelo. Su padre continuó así.

El marques Defort, uno de los mas apreciables de su linage, se casó de edad de quarenta y cinco años. Adoraba á su jóven esposa, y prontamente tuvo un hijo, cuyo nacimiento echó el sello á su felicidad; pero esta dicha fué contrastada por un accidente muy doloroso para el marques, pues su esposa enfermó y murió al quinto dia. Largo tiempo estuvo Defort sin consolarse de esta pérdida; pero al cabo pensó que tenia un hijo, y que el vínculo dulce de la paternidad debia ser el único resorte que le quedaba para su consuelo. Desde este momento convirtió toda su

atencion y ternura hácia este hijo, que en sus facciones le recordaba las de su amada esposa. El muchacho crecia y anunciaba el carácter mas feliz. En todo era diestro, todo cedia á su talento, para cuya cultura nada se omitia; tenia excelentes maestros y hacia rápidos progresos en las ciencias y artes. Loco de contento estuvo su padre, y no hay que admirar porque el muchacho lo merecia. Dotado de un carácter dulce y humano, era Ricardo (que así se llamaba este jóven) cortés con todos, dócil á sus maestros, generoso y benéfico para con los desgraciados;

¿quién podia no amarle? pero pronto vereis como su padre le conduxo al precipicio y fué causa de su muerte.

Solo un defecto tenia Ricardo, y era el estar sobremanera preocupado de su nacimiento, por el qual se consideraba superior á todo el resto de los hombres; y habria tenido justamente esta superioridad, si en vez de fundarla en su instruccion y talento, no la hubiese referido principalmente á títulos mas vanos; pero por una ridícula extravagancia, era mas delicado en quanto á su cuna que en órden á sus qualidades morales. Su padre, en lugar

de corregirle esta manía, le fortificaba en ella, diciéndole continuamente: piensa que corre por tus venas la sangre mas ilustre de la Francia, que cuentas siete siglos de nobleza, que tus antecesores se confunden en la noche de los tiempos, y que muy pocos de tu clase pueden mostrar títulos iguales á los tuyos.

Tenia Ricardo quince años quando por unos asuntos de mucha importancia se vió su padre precisado á pasar á una de las provincias mas distantes de aquella en que moraba. Conoció que desde luego permaneceria en esta tierra uno ó dos años,

pues tenia que atender á la reparacion de unos antiguos castillos, y á plantificar y mejorar muchas posesiones que debia heredar su hijo, cuya consideracion le hacia leves y aun agradables todos los gastos y fatigas. Resolvióse pues á dexar á su hijo en París para que perfeccionase su educacion un ayo ó preceptor, baxo cuya conducta le puso, hombre de baxas ideas, y por consiguiente adulador de las pasiones de los poderosos. Despidióse con tiernas lágrimas de su hijo, é intimó al preceptor que todas las semanas le escribiese participándole los progresos de Ricardo. Lle-

gó en fin el punto de verificarse la ausencia, que debia para siempre separarlo del objeto de toda su ternura.

El preceptor, llamado Dupré, cumplia exâctamente las órdenes del marques, pues todas las semanas le escribia y recibia puntualmente contestaciones. Sobre todo, le repetia el marques en todas sus cartas: "cuidad mucho de que
„mi hijo se perfeccione en el ma-
„nejo de las armas, mi mayor de-
„seo es, que tire la espada per-
„fectamente, pues la esgrima es
„la habilidad mas útil para un no-
„ble. Este arte es el que nos hace

„defender nuestra nobleza, que de-
„bemos sostener con la punta de
„la espada: quiero que mi hijo sea
„valeroso, que no sufra que se
„atrevan al honor de su casa, y que
„lave con sangre la mas leve afren-
„ta de su familia: ¿lo entendeis? ha-
„ced que lea mis cartas, y éncar-
„gadle mucho que nunca se olvide
„de que es hijo mio."

No necesitaba el jóven Ricardo de tan necio estímulo para ser altivo y soberbio en demasía. Este era su único defecto, y se aumentaba en aquella débil cabeza, exâltada continuamente con preceptos tan ridículos. El ayo respondia

siempre al marques, que miéntras él tuviese la direccion de Ricardo, nunca el marques tendria que quexarse de su falta de pundonor. Así es como unos miserables criados lisongean continuamente las manías de los nobles, haciéndose y haciéndolos despreciables á los ojos de las gentes sensatas. Casi dos años se habian pasado desde la separacion del marques y su hijo; aquel habia concluido sus asuntos, y estaba para volver á París. Deseaba ansioso estrechar á Ricardo entre sus brazos; habia escrito al preceptor el dia fixo de su llegada, y que esperaba hallar á su

hijo valiente y bien resuelto á derramar su sangre por sostener el lustre de su casa. Todo estaba dispuesto para su viage, y ya ponia el pie en el estribo del coche, quando le presentaron una carta sellada de negro, que le causó un estremecimiento involuntario. Reconoció el marques la letra de Dupré, miró el sello, quedó suspenso un breve rato, y en fin abrió la carta fatal. ¡ Quál seria su situacion al leer estas razones!

SEÑOR MARQUES.

„¡ Con el mas vivo dolor tomo

„la pluma para anunciaros la des-„gracia mas sensible para un pa-„dre! El caballero vuestro hijo... „perdonad, las lágrimas me impi-„den explicaros tan trágico acci-„dente. Vuestro hijo... ya no exîs-„te. Salió á un desafio, y murió „ayer de resultas de una herida. „Leed ahora la causa de esta des-„gracia.

„Hará como seis dias que vues-„tro hijo y yo (que nunca le de-„xaba de mi lado) saliamos de la „ópera. Iba Ricardo á arrimarse á „su coche quando advirtió que dos „jóvenes estaban en actitud de apo-„derarse de él, y que al mismo tiem-

„po dixo uno al otro: pero, Baron,
„tú te equivocas ; este no es tu co-
„che ; ¿no ves las armas? — Es ver-
„dad : las mias tienen una águila
„mas ; estas son de ese medio caba-
„llero Defort ; y á la verdad que
„hacen casi tanto efecto como las
„mias. Indignado Ricardo, se acer-
„có al jóven atrevido , y le dixo:
„¿Conoceis á ese medio caballero
„Defort ? — No por cierto , ni
„tengo deseo de conocerle. — Pues
„sabed que si sus armas no hacen
„tanto efecto como las vuestras,
„su espada vale mucho mas que
„la que inútilmente llevais. — Inso-
„lente... — Pocas palabras : seguid-

„me y conocereis á ese medio caballero Defort.

„A estas palabras los dos enemigos se encaminaron al campo, y yo los seguí con el amigo del atrevido incógnito. No sabia si debia contener á Ricardo; pero acaso lo hubiera hecho á no haberme acordado de vuestras cartas, en que tantas veces me encargabais que no impidiese á vuestro hijo tomar la debida venganza de su honor ultrajado. Ademas, estaba yo seguro de su destreza en la espada, y me lisongeaba de que saldria victorioso del combate... Llegamos á un sitio opor-



La naturaleza infama
Quien la sangre de su hermano,
Por un motivo liviano,
En feroz duelo derrama,
Al cielo venganza clama
Tan abominable horror:
Conviene huir de este error
Con toda solicitud,
Porque solo en la virtud
Consiste el punto de honor.

,,tuno... ¡Una herida mortal!... ¡O ,,Dios! ¡qué escena! Su dichoso ,,contrario, su compañero y yo ,,trasladamos á Ricardo al coche ,,que nos habia seguido. En fin lle- ,,gué con él á casa, en donde á ,,fuerza de remedios pudo al dia ,,siguiente recobrar el uso de las pa- ,,labras. Quando ménos lo esperá- ,,bamos se presentó el Conde de ,,Dorimon, padre del homicida; y ,,este buen hombre manifestó su do- ,,lor á vuestro hijo, diciéndole, en- ,,tre otras razones: Caballero, mi ,,hijo es un jóven atolondrado; pero ,,no desconoce la moderacion ni la ,,probidad; y os hubiera dado mil

„satisfacciones de su necedad si os „hubieseis conducido con dulzura. „¡Santo Dios! ¿Se han de matar las „gentes por una divisa mas ó mé-„nos? ¡Desdichado jóven! no es eso „valor sino barbarie. ¿Quién es el „hombre feroz que os ha enseñado „á matar ó ser muerto por tan lige-„ra expresion? ¡sistema espantoso! „¡horrible preocupacion del falso „punto de honor! ¡Tú arrebatas los „hijos de los padres, los esposos de „sus consortes, rompes todos los „vínculos de la sociedad, y eres „mas perjudicial que las guerras „mas sangrientas! ¡Jóven desgracia-„do! Abrazadme, estad seguro de

„que yo mismo os vengaré en mi
„hijo, y de que siento vuestra des-
„gracia tanto como puede sentir-
„la vuestro padre. Agradeció vues-
„tro hijo, del modo posible, las
„pruebas de interés que le daba el
„Conde de Dorimon; y quando se
„despidió oí exclamar á Ricardo...
„¿Me atreveré á decirlo?... Sí: oí
„que os imputaba su muerte. Man-
„dó traer recado de escribir, y me
„dictó la inclusa que firmó con ma-
„no trémula. No habló en lo restan-
„te del dia; y por la noche padeció
„horribles congojas, en cuyos inter-
„valos exclamaba varias veces: *¡Des-
„venturado padre!... ¡Padre impru-*

,,*dente!... ¡Tú me asesinas! ¡Arre-*
,,*bátame ahora el acero con que has*
,,*armado mi mano!.. ¡El me despe-*
,,*daza!.. Llora, llora... ¡Presérva-*
,,*me del sepulcro que tú mismo me*
,,*has abierto, ó ven á confundirte*
,,*en él conmigo!*

,,En fin á la mañana espiró en-
,,tre mis brazos repitiendo vuestro
,,nombre, y estas horribles palabras:
,,*¡Padre mio!.. ¡El espira conmi-*
,,*go!.. ¡Qué exemplo para los pa-*
,,*dres!*

,,Creo, señor Marques, que este
,,delirio, indigno de un buen hijo,
,,puede atribuirse á las exclamacio-
,,nes del Conde de Dorimon que le

,,habia descompuesto el cerebro, ex-
,,clamando á cada instante: *¡Horri-*
,,*ble preocupacion!.. ¡Sistema abo-*
,,*minable! ¿Quién es el hombre fe-*
,,*roz que os ha enseñado á matar á*
,,*vuestros semejantes?* y otras mil
,,necedades de este género. Las lla-
,,mo necedades, porque no hay co-
,,sa mas natural que matarse los
,,hombres por defender las armas de
,,su familia. ¿No es así, señor Mar-
,,ques? ¿No me lo habeis repetido
,,mas de cien veces?

,,Perdonadme pues la muerte de
,,vuestro hijo, que no dudo hubie-
,,rais consentido como yo si os hu-
,,bieseis hallado en la ocasion; y

,,satisfacciones de su necedad si os ,,hubieseis conducido con dulzura. ,,¡Santo Dios! ¿Se han de matar las ,,gentes por una divisa mas ó mé- ,,nos? ¡Desdichado jóven! no es eso ,,valor sino barbarie. ¿Quién es el ,,hombre feroz que os ha enseñado ,,á matar ó ser muerto por tan lige- ,,ra expresion? ¡sistema espantoso! ,,¡horrible preocupacion del falso ,,punto de honor! ¡Tú arrebatas los ,,hijos de los padres, los esposos de ,,sus consortes, rompes todos los ,,vínculos de la sociedad, y eres ,,mas perjudicial que las guerras ,,mas sangrientas! ¡Jóven desgracia- ,,do! Abrazadme, estad seguro de

,,que yo mismo os vengaré en mi ,,hijo, y de que siento vuestra des- ,,gracia tanto como puede sentir- ,,la vuestro padre. Agradeció vues- ,,tro hijo, del modo posible, las ,,pruebas de interés que le daba el ,,Conde de Dorimon; y quando se ,,despidió oí exclamar á Ricardo... ,, ¿Me atreveré á decirlo?... Sí: oí ,,que os imputaba su muerte. Man- ,,dó traer recado de escribir, y me ,,dictó la inclusa que firmó con ma- ,,no trémula. No habló en lo restan- ,,te del dia; y por la noche padeció ,,horribles congojas, en cuyos inter- ,,valos exclamaba varias veces: *¡Des- ,,venturado padre!... ¡Padre impru-*

*„dente!... ¡Tú me asesinas! ¡Arre-
„bátame ahora el acero con que has
„armado mi mano!.. ¡El me despe-
„daza!.. Llora, llora... ¡Presérva-
„me del sepulcro que tú mismo me
„has abierto, ó ven á confundirte
„en él conmigo!*

„En fin á la mañana espiró en-
„tre mis brazos repitiendo vuestro
„nombre, y estas horribles palabras:
*„¡Padre mio!.. ¡El espira conmi-
„go!.. ¡Qué exemplo para los pa-
„dres!*

„Creo, señor Marques, que este
„delirio, indigno de un buen hijo,
„puede atribuirse á las exclamacio-
„nes del Conde de Dorimon que le

,,habia descompuesto el cerebro, ex-
,,clamando á cada instante: *¡Horri-
,,ble preocupacion!.. ¡Sistema abo-
,,minable! ¿Quién es el hombre fe-
,,roz que os ha enseñado á matar á
,,vuestros semejantes?* y otras mil
,,necedades de este género. Las lla-
,,mo necedades, porque no hay co-
,,sa mas natural que matarse los
,,hombres por defender las armas de
,,su familia. ¿No es así, señor Mar-
,,ques? ¿No me lo habeis repetido
,,mas de cien veces?

,,Perdonadme pues la muerte de
,,vuestro hijo, que no dudo hubie-
,,rais consentido como yo si os hu-
,,bieseis hallado en la ocasion; y

„creed que sentirá eternamente tal „desgracia vuestro, &c. &c.“

Dupré.

Esta carta fué un rayo para el infeliz Defort ; cayó desmayado, y quando á fuerza de auxîlios volvió en su acuerdo , abrió temblando la carta de su hijo , inclusa en la del ayo. Miró la firma, apénas inteligible, y derramó lágrimas de amargura ; pero ¡ quál seria su dolor al leer las siguientes palabras!

„Sin duda, padre mio , es pre„ciso que el hombre defienda hasta „la muerte su opinion en quanto á „la honradez y probidad ; pero ¡ha-

,,berme vos enseñado á recurrir á la ,,espada para sostener quimeras idea- ,,les y títulos de vanidad!.. He te- ,,nido la locura de creer semejantes ,,sofismas... y muero víctima de tan ,,perversa doctrina... ¡Compadeced- ,,me!.. habeis afilado el hierro que ,,me penetra el corazon... perdonad ,,la turbacion de mis sentidos... mas ,,lloro por vos que por mí mismo... ,,El que se firma por la última vez ,,hijo vuestro"

Alejo Defort.

La incoordinacion de esta carta, sus expresiones, todo fué para el triste padre la sentencia de su muer-

te. Apénas tuvo fuerzas para ir á París á arreglar sus asuntos, despedir al ayo, á quien no se atrevió á hacer cargo alguno, y volver á su castillo para encerrarse en él con la memoria de su hijo, á quien sòbrevivió seis años, siempre enfermo y atormentado de remordimientos. Quatro dias ha que murió, acusándose de la muerte de su hijo, y dando á los preocupados del falso punto de honor la leccion mas terrible.

Tal fué la suerte de un infeliz, que en lugar de reprimir, encendió en su hijo el deseo de sostener locas preocupaciones, por medio de un crímen mas horroroso que ellas:

porque no es dudable que el duelo es la accion mas bárbara que los hombres pueden cometer, digna del orgullo que la ha producido, y de los siglos de ignorancia que la han fomentado. Un hombre que acepta ó propone un duelo á su semejante, es, en mi concepto, un asesino que ya cuenta con la muerte de su enemigo, mide su cadáver con ojos encarnizados, y nada le detiene para cometer un homicidio con tal que sostenga sus bien ó mal fundadas razones. Por nada en el mundo me confesaria yo hermano, amigo y mucho ménos padre de semejante mons-

truo. ¿Yo relaciones con un tígre sediento de la sangre de sus semejantes? ¡Ah! ¡nunca me lo perdonaria!

Pronunció Palemon estas últimas palabras con la mayor energía, y derramando algunas lágrimas; era muy fácil conocer que padecia su interior; y sus hijos que lo observaban, no podian disimular su inquietud. Sin embargo, Armando padecia mucho mas que su padre, pues por algunas miradas habia comprehendido que Palemon tenia noticia de su imprudencia, y no podia resistir la fuerza de los sentimientos que le com-

batian. La historia de Defort habia preparado su alma á las mayores comociones. Padre mio, padre mio, exclamó, arrojándose á sus pies, perdonadme; no soy el tígre sediento de sangre de que os avergonzariais ser padre; un atolondramiento mio... pero estoy dispuesto á reparar mi falta por todos los medios posibles. — Levántate, Armando; pero advierte que empiezas á salir ya de la infancia, y que no te disimularé nada que no pueda atribuirse á flaqueza de la edad ó de la razon. — Pero sabeis, padre mio .. — Todo lo sé; pero te mando que refieras el caso con toda

individualidad para instruccion de tus hermanos, y para el exemplo que debo darles.

"Yo, señor, venia, hace muy poco, del bosque, donde habia estado paseándome ocupado en resolver un problema de matemática; y encontré en el camino á Julian, el hijo de nuestro vecino, el qual mirándome se echó á reir, como haciéndome burla: ¿de qué te ries? le dixe con bastante aspereza. — Me rio de ti. — ¿De mí, insolente? — ¡Insolente! la insolencia es tuya: ¿quién eres tú para tener tanta soberbia? hijo de un labrador como yo. — ¡Mi

padre un labrador como el tuyo?— Sí, y con la diferencia de que tu padre ha sido un pobre jornalero, y el mio siempre ha mandado á otros.

Yo os confieso que irritado del desprecio con que hablaba de vos, me arrojé á darle un bofeton; quiso corresponderme, pero habiéndole contenido varias gentes que pasaban, me dixo al oido: si tienes valor, mañana aquí mismo, á las seis, cada uno con un palo... yo creo que no faltarás... Yo acepté el desafio, y mañana debemos reñir á palos. Castigad á vuestro hijo, que hubiera podido perdonar su

propia injuria, pero no la de un padre á quien respeta y ama tan tiernamente."

Muy bien, Armando, respondió friamente Palemon: ya estás en el caso del jóven Defort, cuya historia acabo de referir, pues al cabo, sin duda sabrás por qué se rió Julian al mirarte. — Sí señor, poco despues lo conocí: el viento, sin que yo lo reparase, me habia llenado de hojas el sombrero, y esto habia excitado la risa de Julian; pero lo que me dixo despues... el modo con que hablaba de vos... — Pero ¿qué modo? ¿porque me trató de jornalero? En esto, hijo mio, me

hacía mucho honor. Sí, yo hago alarde de haber trabajado en mi juventud, me glorío del honroso título de jornalero que supone un hombre laborioso. ¿El rico que disfruta es comparable con el peon que gana, siendo éste de buenas costumbres? Sabe, hijo mio, que todo se debe al jornalero, y nada al hombre inútil que ningun servicio hace á su patria. El hombre que prospera por su trabajo vale mucho mas que el que ha nacido en el seno de la fortuna. Nadie puede argüirle de orgulloso quando se gloría de su adelántamiento.

Cierto dia un general de exér-

cito, decorado con todas las dignidades militares que habia merecido por su valor y talento, hizo pasar una gran parte de sus tropas por un pueblo pequeño; mandó recoger quantos manjares delicados podia ofrecer la comarca; y dispuso una gran comida, que mandó se sirviese en la plaza del lugar. Uno de sus edecanes habia convidado á comer en nombre de su xefe al anciano German, buen trabajador, y á su esposa Berta. Atónitos los viejos de tanto honor, acudieron al convite del general, á quien absolutamente no conocian. Este los colocó á su lado, y les

hizo mil obsequios á presencia de los soldados, que no penetraban la causa. Al fin de la comida el general, dixo en voz alta: ,,Camaradas, yo soy vuestro xefe; ,,pero sabed que he comenzado mi ,,carrera como todos vosotros, pues ,,hasta la edad de veinte años tra- ,,bajé la tierra baxo la direccion ,,de mi tierno padre. Este padre, ,,á quien no he visto desde en- ,,tónces; este buen padre, que me ,,vió alistar en la milicia derramando lágrimas; este respetable padre, ,,que sin duda me ha tenido por ,,muerto, pues no ha podido re- ,,cibir noticias mias desde aquel

„tiempo, es el que veis á mi la„do con su venerable esposa y ma„dre mia.“

Nada es comparable á la sorpresa del anciano German, que se restregaba los ojos, y vertia lágrimas de alegría entre los brazos de su hijo... ¿ cómo ?... ¿ eres tú ? ¿sois vos? Sí; ¡es mi Victor! — „Sí, „padre mio, yo soy vuestro Vic„tor: sí, madre mia, ved aquí el „hijo que habeis mantenido y edu„cado, y que ha tenido la felici„dad de cumplir sus obligaciones „tan bien, que ha merecido man„dar á unos hombres, de cuyos tra„bajos ha participado. Ved aquí

„el fruto de las lecciones de vir-
„tud que me disteis en mis flori-
„dos años. Soldados, bebamos á la
„salud de mi padre, aprended en
„mi exemplo á servir bien á la pa-
„tria para merecer su recompensa,
„y sobre todo á no avergonzaros
„nunca de la cuna que os destinó
„la suerte. La gloria y el honor ja-
„mas nos deben hacer olvidar de
„la naturaleza, pues el atender á
„ella, ademas de ser la obligacion
„mas sagrada, es la necesidad mas
„indispensable para un corazon
„sensible.“

Este exemplo, hijo mio, te ma-
nifiesta quán glorioso es para un

hombre honrado el deber sus adelantamientos y fortuna á su actividad y mérito propio. ¡Cómo! ¿el haber tratado á tu padre de jornalero ha podido humillarte? ¿Tú has cometido la baxeza de maltratar á un jóven, irritado pot tu loco orgullo? ¿y has extendido la inhumanidad hasta admitir un duelo para batallar á palos como lo hacen las gentes sin educacion? ¡Ah, hijo mio! ¡quánto dolor me has causado! — Padre mio, nada, nada es mayor que mi arrepentimiento. Enseñadme la conducta que debo observar, y la seguiré con la mayor sumision y exâctitud. Vuestros

preceptos... — ¡Mis preceptos! ¿No te dice tu corazon lo que debès hacer? ¿No debes dar completa satisfaccion y pedir perdon á un jóven que tu imprudencia ha injuriado? Te mando que mañana mismo...

Interrumpió á Palemon la llegada del jóven Julian; al verle se puso Armando mas encendido que la grana, y mas quando oyó que con mucho sosiego, dixo á Palemon: vuestro hijo mayor me ha perdido el respeto, y aun me ha maltratado á la entrada del bosque. Yo he tenido la indiscrecion de proponerle un desafio que él ha admitido; pero he reflexîonado que es indigno

de un hombre honrado ir á sangre fria á buscar á otro para lastimarle ó quedar lastimado. Vengo á haceros juez de nuestra disension, y á suplicaros que me deis una satisfaccion digna de la humanidad, de las leyes, y de un padre tan respetable como vos. Julian, le respondió Palemon, ese proceder es bellísimo, y anuncia un juicio y un corazon muy superiores á vuestra edad. Atendiendo á la nobleza de vuestra determinacion, no os preguntaré si os es lícito afligir á Armando, comparando con la mia la mayor ó menor fortuna de vuestro padre; no creo que os hayais

degradado tanto ; el que cuenta siempre exâgera; y tambien mi hijo ha podido entender mal vuestras expresiones. — Yo os juro... — Dexemos explicaciones. A mi hijo le corresponde satisfaceros sin baxeza, y sin degradar la dignidad de hombre que honra á entrambos: vamos pues, Armando, ¿necesito dictarte las expresiones que debes emplear?

Armando se levantó prontamente, se acercó á Julian, y con un tono que admiraba y embelesaba á Palemon le dixo: Julian, si te ofendí estoy enteramente arrepentido, detesto mi exceso, y te suplico que

me indiques la satisfaccion que deseas. — Ya está expiada tu falta, le respondió Julian, alargándole la mano; ven á mis brazos; y tu contrario sea desde hoy tu mejor amigo. — Cómo ¿tú puedes olvidarte de?.. — Si el bofeton que me diste en tu cólera estampó una mancha en mi mexilla, imprime en ella el beso de la amistad, y quedará borrado para siempre.

Armando derramaba lágrimas de alegría, estrechando á Julian entre sus brazos: ambos sentian las mas tiernas comociones: sus corazones latian con la mayor aceleracion; y Palemon y sus hijos, testigos de

tan patética escena, lloraban de ternura.

Sin embargo, si el anciano no separase á los dos jóvenes, pudiera tal vez serles nocivo este exceso de sensibilidad; y por eso se apresuró á finalizar la reconciliacion. Los hizo sentar, se puso en medio de ellos, y tomando á los dos de las manos les dixo: Ya veis, amigos mios, lo que pueden la ironía por un lado, y por otro una vanidad mal entendida. Nos hacen incurrir en graves faltas; y ademas, ¡es tan vergonzoso el ponerse uno en la precision de ser perdonado! Aprovechaos de esta leccion; temamos

siempre irritar la sensibilidad, y aun la excesiva delicadeza de nuestros hermanos; todos tenemos nuestras debilidades; evitemos el chocar recíprocamente; bueno sería que fuesemos perfectísimos, pero es dificil; y el no disimular los defectos en cambio de las buenas qualidades solo es propio de un insensato. ¿Qué se diria de un jardinero que arrancase las plantas útiles por verlas rodeadas de yerbas dañosas? Lo mismo es un padre, un maestro, un amigo que este jardinero, el qual se contenta arrancando las malas yerbas, para que prevalezcan las buenas. Debemos corregirnos mú-

tuamente, pero sin irritarnos, ni revolvernos contra los defectos del otro; y aquel que por amor á sus semejantes les disimula sus faltas, tiene derecho á que le disimulen las suyas! Esta es, hijos, la moral que os debia; y este es todo el castigo que quiero imponer á mi hijo. Olvidemos este ligero accidente, y cumplamos con las sabias leyes que proscribiendo los duelos, costumbre abominable de unos siglos de barbarie, conservan á las familias sus renuevos, sus esperanzas y su tranquilidad.

Así acabó la aventura de Armando y Julian, que se prometié-

ron estrechar los lazos de la mas íntima union. Julian se retiró ; y toda la familia de Palemon , fatigada de las vivas comociones que habia experimentado esta tarde , encontró prontamente en el descanso del sueño imágenes alegres y agradables , que le hiciéron olvidar todos los tristes acaecimientos nacidos y terminados en un mismo dia.

TARDE X.

EL RECONOCIMIENTO.

Historia de los tres peregrinos.

En este dia por la mañana oyó Palemon desde su gabinete una conversacion bastante particular entre sus hijos, que se habian reunido en una sala inmediata para desayunarse, y creian á su padre muy léjos de allí. Leon, decia Benito, ¡qué diferencia entre nuestra situacion actual, y la que teniamos en casa de nuestra tia!

¡quánto nos instruimos aquí! Las mañanas me parecen muy largas, por lo mucho que me deleitan nuestras tardes. — Pienso como tú, respondió Leon; las tardes que aquí pasamos no pueden ser mas apreciables: ¡Qué placer es oir á nuestro padre darnos lecciones de moral, ó referirnos alguna historia.— Pero eso, dixo Julio, consiste en que todas sus historias son muy interesantes. — Es verdad, añadió Armando, y esto graba en nuestros corazones los verdaderos principios de la moral y de la virtud. — ¡Cómo sabe padre hacer amar la humanidad, exclamó

Leon! — ¿Y por qué, dixo Adela, no se ha de amar la humanidad? Segun quanto veo y oigo, estoy íntimamente persuadida á que todos los hombres son buenos, humanos, sensibles y generosos. No hay malvados en el mundo, no, no los hay; de lo contrario, padre nos lo habria dicho. — Eso sí, nos lo habria dicho; pero todas sus pinturas nos presentan gentes muy dignas de ser conocidas y tratadas. — El señor Dormont, en la historia de Defort, que es la ménos agradable, no dexa de ser un bello hombre. — ¿Y el general que abraza á su anciano padre dando

exemplo tan útil á su exército ?...—
¡ Y aquel Dulis ! ... solo le habian extraviado los malos consejos , porque su fondo era bueno. — Es verdad ; pero yo prefiero á Gerardo. — Y yo tambien. — ¿ Y la criada de la posada ? no hay duda en que era habladora ; pero de bello corazon , dispuesto á favorecer. — Entre todos , solo encuentro vituperable al bribon de Dupuis ; pero al cabo , es uno entre tantos. — Sí , sí , para uno malo hay cien buenos. — No creo en el vicio ni en el crímen , sino es en la virtud. — Yo digo lo mismo.— Todo lo que nos propone padre

es para que confiemos en nuestros semejantes quando entremos en el tumulto del mundo. — No temeremos que nos engañen. — Sin embargo será preciso algun cuidado. — No hay duda, es necesaria la prudencia; pero ¿la necesitariamos si encontrasemos siempre gentes como Santiago Lebon, y todos quantos hemos visto venir aquí todas las tardes? Has de saber que el estado, la clase y las riquezas nada tienen que ver con la moral de los hombres; y entre los harapos de la miseria se pueden encontrar las mejores gentes. — ¡Oh, qué bien pensado es eso! — Tú habrias

discurrido lo mismo. — De todo se infiere, que cada uno de nosotros será bastante feliz, si los hombres se parecen al retrato que de ellos nos ha hecho padre; nos casaremos, tendremos unas mugeres hacendosas, que solo pensarán en hacernos felices. — ¡ O Dios mio ! eso sí; y tú, hermanita, tendrás un esposo que será tu apoyo, tu amigo, y te amará mucho: esto es muy apetecible. — Yo quisiera que padre oyese lo que decimos, y veria como nos aprovechamos de sus lecciones.

El deseo de los muchachos se habia verificado, pues Palemon los

estaba escuchando; pero no celebraba tanto como creian, su modo de pensar; ántes bien al contrario, su conversacion le daba mucho cuidado. Tal vez me habré engañado, se decia á sí mismo. A fuerza de hablar de virtud y dibuxar sus modelos ¿habré inspirado en el corazon de mis hijos una ciega confianza, una necia credulidad que pueda sumergirlos algun dia en las mayores desgracias? No conviene pintar siempre como hermosos unos objetos que mil veces hay precision de mirarlos á mala luz. Para producir los efectos son indispensables las oposiciones, y

demasiado tarde advierto que he usado de un solo colorido. El uno cuenta con que qualquiera muger con quien se case le hará dichoso, y mi hija en el primer hombre que encuentre ve ya un firme apoyo, un amigo y un excelente esposo: y baxo de este sistema no se detendrian en elegir. No, no, volvamos un poco atrás; usemos de las sombras; con la pintura del vicio démosles armas contra él; y prevengamos la sazon lenta de la experiencia, haciéndoles una especie de virtud de la desconfianza y de la circunspeccion.

Agradeció al cielo el anciano

haber oido la conversacion de sus hijos, y al instante levantó sus baterías del modo siguiente. Despues de comer mandó á su hijo Armando, que fuese á llevar una carta á uno de sus vecinos, para lo qual era preciso atravesar un bosque. Cumplida su comision volvió Armando por el mismo camino, y quedó atónito viendo á sus pies un rollo de papel, liado con tres cintas, una encarnada, otra azul y otra blanca. Sospechó Armando, que algun caminante habria perdido aquel papel; pero no era el camino nada pasagero: no tenia mas direccion que á la casa

de que él salia, y no habia visto entrar en ella á nadie. ¿Quién podia haber dexado allí aquel rollo atado tan extrañamente? Prosiguió su camino, pensando siempre en el objeto que acababa de encontrar. Su pensamiento se fixó en fin sobre la idea natural de que alguno habria dexado caer de la faltriquera aquel paquete que era bastante pesado. Armando ¿le desatará? ¿satisfará su curiosidad? No, no romperá los sellos que tiene á los dos extremos; le llevará á su padre, el qual satisfecho de la prudencia de su hijo, le dirá sin duda lo que es.

Entró pues Armando en su casa, al momento en que su familia se reunia sobre el terrazo. Participó á su padre el recibimiento que le habia hecho el amigo, á quien llevó la carta; y luego le entregó el paquete, diciéndole que le habia querido reservar el gusto de abrirle. Agradeció Palemon esta fineza; ponderó mucho la importancia de que podia ser el hallazgo; y creyó que aquellos papeles serian algunos documentos de familias, inútiles para todos ménos para el que los habia perdido. Debiera, á su parecer, Armando haber mirado por el camino y sus



cercanías, y esperar á que el propietario viniese á reclamar su pérdida: pero el muchacho dixo que habia hecho todas las diligencias posibles. Palemon desató los lazos, y baxo de uno de ellos halló escritas estas razones: *Poned aparte estas tres cintas, pues vendrán á reclamarlas.* La sorpresa de los muchachos fué inexplicable. Palemon rompió la cubierta, y halló en medio un rollo de veinte y cinco luises, sobre el qual decia así: „esta „suma está destinada á la impresion „de este manuscrito, útil al siglo „presente y á los venideros.“ Levantando el rollo, cayó en el suelo

un pequeño papel cortado en quadro. Palemon le recogió, y vió que en él decia: *Si deseais ver al autor de este manuscrito, id á esperarle en el sitio en que ha sido hallado; que allí estará á las once en punto.*

Considérese la admiracion de todos los muchachos; las maravillosas circunstancias del manuscrito los dexáron aturdidos, y sin apartar los ojos de él rodeaban el asiento de su padre, ansiosos por saber el contenido de papel tan misterioso. Palemon registró el título, que era el siguiente: *Historia de los tres peregrinos*: dió á entender que

tomaba parte en la curiosidad de su familia; hizo que sus hijos se sentasen; y despues de haber hecho algunas reflexîones sobre la rareza de los avisos que se le daban en órden al manuscrito, comenzó su lectura en estos términos.

HISTORIA

DE LOS TRES PEREGRINOS.

CAPITULO PRIMERO.

En el qual se verá un testamento singular.

Pedro Deviñes habia cultivado las artes en su juventud. Hijo de padres poco acomodados, habia conocido que era necesario que por sí propio adquiriese su fortuna y fama. Habia llegado á la ancianidad

mas dichosa, y sus muchas riquezas le suscitaban envidiosos. En efecto, se conocian pocas facultades iguales á las suyas. Casas, tierras, castillos, parques, muelles, alhajas, dinero efectivo, todo lo tenia, y sus bienes bastaban para enriquecer á veinte familias. Sin embargo era este hombre una rara especie de filósofo. Tenia tres hijos llamados Ricardo, Huberto y Graciano Deviñes, á quienes habia educado en la mayor sencillez. Habituados á suspirar por las riquezas, que estaban continuamente á su vista, estos tres jóvenes, de los quales el mayor no llegaba á

veinte y cinco años, se consolaban de lo que les parecia parsimonia de su padre, contando con que habia de llegar un tiempo en que heredarian tan quantiosos bienes. No por eso deseaban la muerte de su padre; solamente pensaban en las leyes de la naturaleza que aniquilan á unos para robustecer á otros; y solo deseaban el momento de disfrutar, sin apetecer que se acercase; pero con cierta especie de placer, es decir: que era para ellos un logro el pensar que algun dia lograrian.

Llegó este dia demasiado pronto para sus corazones sensibles por-

que amaban tiernamente á su padre, pues cayó gravemente enfermo. Quando se vió cercano á la muerte, hizo que se llegasen á su cama sus tres hijos, y les hizo el siguiente razonamiento: Hijos mios, vosotros vais á cerrarme los ojos, lo qual es una cosa muy natural, pues yo debo morir ántes que vosotros. Pero sin embargo de que es muy consiguiente que seais mis herederos, aunque me veais descender al sepulcro, no os lisongeeis de encontrar al instante en la considerable herencia que os dexo. Me ha sido forzoso trabajar mucho para

acumular tantas riquezas ; vosotros trabajareis lo mismo para heredarlas ; pero no quiero explicarme mas en este punto , pues he entregado mi testamento á vuestro tio Tomas Deviñes. Despues de mi muerte le abrireis , le leereis con la mayor atencion , y cumplireis quanto en él os mando. Jurad que sereis fieles á la voluntad de vuestro padre. — Sí señor, lo juramos. — Muy bien : dadme ahora vuestras manos , y el cielo me saque de una vida tan laboriosa que ya á nadie puede ser útil.

Los jóvenes lloraban , y du-

plicaron su llanto quando advir-
tieron que su padre habia espira-
do. Su tio los apartó de tan tris-
te espectáculo, y se hicieron al
anciano los últimos honores. Cum-
plidos estos deberes, los tres her-
manos, que tenian presentes siem-
pre las últimas palabras de su pa-
dre, cuyo sentido no podian com-
prehender, fuéron á casa de su
tio Tomas, y le suplicaron se sir-
viese leerles el testamento que ha-
bian prometido cumplir á la le-
tra. Tomas les hizo sentar, to-
mó las llaves, abrió su escrito-
rio, y con un sombrío silencio
sacó un paquete sellado; y co-

menzó así la lectura del testamento, cuyas cláusulas generales pasó en silencio. Hagamos lo mismo, y leamos lo que en él se encuentra mas interesante respecto de los herederos.

,,Antes de declarar á mis hi-
,,jos mi última voluntad debo con-
,,tarles mi historia, que nunca han
,,sabido y no les será enfadosa.
,,Soy hijo de un artesano. Entre-
,,gado al estudio de las artes des-
,,de mi tierna edad, no habria sin
,,duda hecho tan brillante fortu-
,,na, sin el auxîlio de tres per-
,,sonas, cuyos principios, costum-
,,bres y virtudes son muy raras

,,en este siglo. Un filósofo, á quien
,,unas desgracias que no habia me-
,,recido le habian reducido á la
,,mas horrorosa miseria, se hi-
,,zo mi amigo, y se tomó el tra-
,,bajo de cultivar mi espíritu y
,,mi corazon, enseñándome la mo-
,,ral y la filosofia. Perdí á este
,,hombre apreciable, y un bienhe-
,,chor, de nueva especie reparó
,,la pérdida que acababa de pade-
,,cer. Este fué un rico desintere-
,,sado que me llenó de beneficios
,,por espacio de mas de seis años,
,,sin verme, y aun sin querer que
,,supiese su nombre. Nada estre-
,,cha mas á los artistas, me escri-

,,bia muchas veces, nada aumen- ,,ta sú vuelo y honrosa emulacion ,,tanto como la necesidad de tra- ,,bajar para vivir. Vivid, amado ,,Deviñes, pero no trabajeis sino ,,para vuestra gloria, y para per- ,,feccionaros. Juntamente con es- ,,tas cartas me enviaba sumas con- ,,siderables de dinero. En fin mu- ,,rió tambien este generoso incóg- ,,nito, y entónces supe su nom- ,,bre, y un legado considerable que ,,me dexaba en su testamento.

,,Ahora vais á conocer la ter- ,,cera persona que ha contribuido ,,á mi felicidad. En un viage que ,,hice; la inprudencia de un guar-

,,da de bosque casi me costó la
,,vida, pues recibí un escopetazo,
,,y quedé tan desfigurado, que era
,,imposible conocerme por mis fac-
,,ciones cotejándolas con las que
,,tenia anteriormente. Un desco-
,,nocido me hizo trasladar desde el
,,camino á su casa. Su hija era
,,hermosa y sensible; y me ocur-
,,rió fingirme pobre, á fin de ver
,,si esta jóven podria amar á un
,,feo y sin dinero. Hice brillar á
,,sus ojos el poco talento que te-
,,nia y me fué útil. Justina, que
,,fué vuestra madre, se casó con-
,migo, y quedó atónita quando al
,,tiempo del contrato, conoció los

„grandes bienes de que era posee-
„dor, y que la habia engañado
„agradablemente. Ella tambien era
„muy rica; otras herencias aumen-
„taron una fortuna, que ya era tan
„considerable; y con esto, hijos
„mios, queda mi historia con-
„cluida."

Despues de haber hecho mil reflexîones sobre la dichosa casualidad que me habia llenado de felicidades por medio de tres individuos de tan rara especie, que acaso nunca los hubiera hallado á pesar de toda mi actividad y discernimiento, formé el proyecto de volver á sus semejantes, si los

hay, una parte de los bienes que he recibido de ellos; he contado con mis hijos, para que desempeñen esta deuda de su padre; y en conseqüencia deberán executar lo siguiente. Al punto que se acabare de leer mi testamento, los tres se disfrazarán del modo que voy á prevenir; se ausentarán de su patria, dexando los bienes en poder de su tio, á quien nombro por mi executor testamentario; y correrán el mundo hasta que hayan hallado un infeliz que no lo sea por su culpa; un poderoso que sea benéfico sin ostentacion ni interes, y solo por el

puro placer de hacer bien; y en fin una muger que se decida mas por lo moral, que por lo fisico y por la comodidad ó riqueza. Quando mis hijos hubieren hallado estos tres entes tan singulares, los conducirán á su tio, quien repartirá entre ellos la mitad de mi herencia; pues con el resto de ella todavía pueden mis hijos vivir con la mayor comodidad.

Huberto, que tiene bastante penetracion, es observador, y se sabe insinuar, buscará al infeliz; Ricardo, cuya ternura y bondad son capaces de enternecer los corazones mas duros, buscará al ri-

co ; y Graciano , el mas jóven de los tres , que tiene bella alma y graciosa figura , suspirará á los pies de las damas, hasta que encuentre la desinteresada. No se persuadan á que en las grandes sociedades encontrarán fácilmente tres personas iguales á las que me han favorecido. Un padre , aun en el sepulcro , tiene derechos sobre sus hijos. Los mios graduarán acaso mi testamento de extravagante , y aun de necio ; pero me importa poco su opinion y la del público , con tal que mi proyecto resulte en ventaja de las costumbres y de la moral : pues para ins-

truccion de los hombres, formarán mis hijos un diario de su viage, y le harán imprimir. Esta es mi última voluntad": *firmado*.

Pedro Deviñes.

CAPITULO II.

El interes es la piedra de toque del corazon humano.

Atónitos quedaron los tres hermanos al oir semejante testamento. Convinieron en que su padre habia tenido razon para suponer que les pareceria extravagante; y en efecto ¿puede haber extrañeza mayor que

la ley que les imponia? Sin embargo, habian jurado obedecer á su padre; y por otra parte, su tio no era hombre que les entregaria la herencia sin haberla merecido. Decidiéronse pues á empezar al momento su peregrinacion. Al cabo, dixo Ricardo, ¿tan dificil es hallar lo que mi padre ha encontrado sin buscarlo? Casi todos los hombres son buenos, benéficos y sensibles: todos se complacen en practicar las virtudes: y así llamando á la puerta del primer castillo que se me presente, estoy seguro de hallar mi rico generoso ántes que mis hermanos concluyan sus investigaciones. — Mucho te enga-

ñas, replicó Huberto, tu rico será mas dificil de hallar que mi artista desgraciado: pues en este siglo de envidia y de intrigas, nada hay mas comun que ver sumergidos en la miseria, y confundidos en la multitud hombres llenos de conocimientos, cuya adquisicion les ha costado mil fatigas y desvelos; y así yo seré el primero que vuelva.— No por cierto, interrumpió el tierno Graciano; yo volveré ántes que vosotros. Un rico benéfico por solo el placer de serlo, y un desgraciado sin culpa suya son mucho mas raros que una muger sensible: pues todas lo son, todas modelos de candor, desin-

teres y finura. Este sexô es exemplar del otro en quanto á la franqueza y rectos procederes. No será otro que yo el que vuelva primero.

Levantóse una pequeña disputa entre los tres hermanos sobre lo mas ó ménos ventajoso de la comision de cada uno; pero la concluyó el tio entregándoles cierta cantidad de dinero, y estimulándolos á que no perdieran tiempo. Resolviéronse pues á valerse de todos los medios y disfraces posibles para salir con su empresa. Abrazaron á su tio, convinieron en avisarse mútuamente del fruto de

sus fatigas, y en reunirse de quando en quando si la casualidad les obligaba á separarse. Despues de haberse provisto de quanto necesitaban para su viage, partieron juntos, y resueltos á consultar entre sí el camino que cada uno de ellos deberia tomar.

Era entónces el principio de la primavera; y habiendo caminado un grande espacio nuestros peregrinos, se hallaban á la entrada de un espeso y solitario bosque; se sentaron y sacaron de sus mochilas algunas provisiones, y en tanto que restauraban sus fuerzas, Huberto propuso á sus hermanos el sepa-

rarse. Si vamos juntos, les dixo, cada qual, por complacer á los demas, tal vez puede malograr su objeto; la casualidad á cada paso puede ofrecernos lo que buscamos; sería lástima que no aprovechásemos la ocasion por no hallarnos solos. Pienso pues que teniendo cada uno un objeto determinado y distinto, debemos buscarle separadamente.

Ricardo y Graciano convinieron en que su hermano tenia razon; y en que no debiendo perder ni un momento, era mucho mejor que se separasen para reunirse un dia en el seno de la fe-

licidad. Yo, por exemplo, dixo Ricardo, es preciso que vaya á una gran ciudad para hallar mi rico; Huberto puede hallar lo que busca en la cabaña mas miserable; y tambien la muger sensible y desinteresada que desea Graciano, se le puede presentar á cada paso. No nos impidamos pues por una complacencia mal entendida. Este bosque nos ofrece tres caminos, tome cada uno el suyo, y despues abandonémonos á la providencia que no puede faltarnos, pues el amor filial es el que nos obliga á semejante resolucion.

La propuesta de Ricardo fué

aceptada; despues de un frugal desayuno, marcharon juntos hasta la dìvision de los caminos; allí se abrazaron derramando lágrimas de ternura; y luego tomando cada qual el camino que se le presentó enfrente, á muy poco tiempo se halláron solos.

Ahora, amigo lector, puedes libremente seguir conmigo al que mas te agradáre; pero como creo que te interesan igualmente, seguiremos al sensible Ricardo. Este habia expresamente tomado unos vestidos muy sencillos que annunciaban la indigencia mas que la comodidad. Llevaba al hombro una

alforja, y para caminar se apoyaba sobre un grueso y nudoso baston. Queria ir á París y caminó todo el dia sin encontrar otra cosa que granjas y labradores. A la tarde se halló en una llanura de bastante extension, y temió que la noche le sorprendiese en ella. Un soberbio castillo dominaba todo el llano á la derecha; las ventanas abiertas permitian el registro de varias estancias adornadas de ricas colgaduras, grandes espejos, y mesas de mármol, sobre las quales, en candeleros de oro, ardian mil luces. La agradable armonía de un dulcísimo concierto, el movimiento

de las gentes, todo le significaba á Ricardo que se daba alguna gran funcion en este magnífico castillo. Suspenso estaba contemplando estos objetos quando sintió que le empujaban fuertemente. Volvióse, y al instante un hombre vestido con decencia y un libro en la mano, le pidió mil perdones de su incivilidad. Perdonad, le dixo, no os ví por venir embelesado en la lectura; por desgracia ¿os habré hecho algun daño? — No señor, no por cierto; pero pues la casualidad me proporciona el hablaros, os suplíco me digais de quién es este castillo. — De un rico parti-

cular que se llama Dormont, ¿le conoceis? — No señor: parece que hay alguna diversion.— No me hableis de eso; yo soy Dormont; mio es ese castillo, y nunca me hallo bien en él, sino quando estoy solo con la naturaleza; y huyo de él quando los bayles y diversiones me recuerdan la vida tumultuosa de las ciudades que detesto. — Perdonad mi curiosidad, ¿no dais vos la funcion? — No, amigo; mi muger es la que celebra el dia de mi nacimiento; ha convidado una multitud de gentes que hacen un estruendo infernal; y yo he tomado un libro para leer y me-

ditar, porque este es mi único placer y no el gastar en una noche lo que haria felices á veinte familias pobres. — Eso es tener un corazon muy humano y generoso. — No hay mérito en ello: gusto mas de extender la mano al desgraciado, que de contribuir al luxo.

He aquí un hombre, dixo para sí Ricardo, que parece algun tanto al que yo busco. Seria bien raro que á la primera encontrase lo que necesito; pero ¿cómo haré para ganar su confianza? Dormont se despedia de Ricardo para continuar su solitario paseo, quando

aquel, deteniéndole, le suplicó que le dixese si habia cerca algun pueblo donde pudiera pasar la noche. — ¿No sois de este pais? — No señor; voy á Paris á implorar el auxîlio de las gentes caritativas. — ¿Cómo? — La muerte de un padre que amaba, me ha privado de todo recurso. — Pareceis bien nacido: no os faltarán auxîlios, ¿sabeis algun oficio? — Sé lo bastante para desempeñar el empleo de secretario ú otro semejante. — Quisiera poder proporcionaros uno; quedad con Dios. — ¿No podeis indiçarme algun alvergue? — Eso es imposible: yo os podria recibir

en mi casa, pero ahora ¡ hay santa gente ! á Dios. — Como ha un momento os explicasteis tan inclinado á favorecer... — ¿ Qué quiere decir eso ? ¿ por ventura me pedis limosna á semejante hora ? — Me llena de rubor tan odiosa sospecha ; pero me he expuesto á ella procurando excitar vuestra sensibilidad, y no vuestra compasion. — Pues reconozco en vos tanto discernimiento, perdonad un efecto de recelo, que el encontrar de noche á un desconocido... venid, venid conmigo.

Dormont llevó consigo á Ricardo, quien interiormente se reprendia por habér turbado la pru-

dencia de un hombre sensible. Dormont despues de entrar en el castillo, dixo al conserge: haced que este hombre cene con vos, y que se acueste en el gabinete inmediato al vuestro; y luego dirigiéndose á Ricardo, le dixo: no puedo veros en toda la noche, porque tengo mucho á que atender; pero mañana no os ireis sin hablarme; entretanto paseaos en el parque y disfrutareis los placeres que en él se preparan; vereis unos fuegos artificiales, que dicen son maravillosos, porque no hay locura en que mi muger no incurra.

Retiróse Dormont, y Ricardo

pasó toda la noche notando la disipacion á que todos se entregaban, la rareza de los personages que componian aquella sociedad, y esperando la visita de Dormont con la mayor impaciencia.

Llegó este tan deseado momento. Dormont envió á llamar á Ricardo; pasó éste á la rica estancia en que aquel se hallaba, el qual desde luego le empeñó en que le tratase con franqueza; y despues le preguntó su nombre, el estado de su padre, su conducta, &c. &c. Ricardo contestó á todo como le pareció, pero con cierto ayre de franqueza de la que

parecia que Dormont quedaba muy satisfecho. Amigo mio, le dixo, he pensado en vos, y creo que me convenis. Quiero por lo mismo favoreceros, pero exîjo de vos mucho secreto y otra tanta condescendencia. Madama Dormont, mi esposa, es vieja, fea y mala; no puedo tolerarla; y si no mediasen dos hijos, hace mucho tiempo que me habria separado de ella. Para consolarme de estos disgustos he puesto, pero inocentemente, todo mi corazon en una jóven amable. Hace poco tiempo que mi muger lo ha sabido; y se ha arrebatado á tales extremos, que ha comprometido mi reputacion.

En este supuesto ved si os conviene lo que voy á proponeros. Sois mozo y de nadie dependeis, yo os casaré con mi amada Constanza, y me encargo... No prosigais, le dixo Ricardo furioso. El desprecio y la cólera se veian en las miradas que dirigió á Dormont; y solo el estar en su casa moderó su resentimiento, contentándose con decirle. — ¿ Eso es todo lo que quereis hacer por mí? — Sí; y me parece que el partido no debe rehusarle un hombre sin estado.— Sin estado, es verdad; pero no sin delicadeza. — ¡Oh! si sois delicado, esa es cosa diferente; ¡ tanta delicadeza !... — La tengo, y

vuestra proposicion me ha ofendido infinitamente.— Tened la bondad de apaciguaros, ¡ve aquí los hombres! desean que se les sirva en todo, y ellos no quieren corresponder en nada: ¡siempre he tropezado con ingratos! — No aumentaré yo su número: el cielo os guarde y os dé mas conocimiento.

Salió Ricardo precipitadamente; Dormont se levantaba como para detenerle; pero compareciendo su muger, le obligó á contenerse. Entretanto Ricardo corria como si alguno le siguiese; y quando se vió en el campo, exclamó: ¡Ah, mucho temo que mi encargo

sea mas penoso que el de mis hermaños!

Miéntras gime sobre lo mucho que se ha equivocado con Dormont, y sobre la perversidad del corazon humano, volvamos al sitio en que se separáron los tres hermanos, y seguiremos á Huberto que fué á buscar un desgraciado, cuyas desdichas fuesen efecto de la suerte.

Aquí Palemon dexó la lectura para el dia siguiente. Habia advertido la impresion que hacia en sus hijos, y celebraba interiormente lo dispuestos que se hallaban á la moral y á la sana filosofía. Veremos despues los frutos que sacáron de sus lecciones.

TARDE XI.

LA CONFIANZA.

Continuacion de la historia de los tres peregrinos.

Los hijos de Palemon se habian juntado muy temprano en el terrazo. El virtuoso padre embelesado del empeño que manifestaban por saber lo restante de una historia, cuyo objeto moral debia serles útil, no quiso hacerles esperar mas tiempo; y sentándose continuó así la de los tres peregrinos, que habia quedado en la partida de Huberto.

CAPITULO III.

Orgullo y vanidad.

Del mismo modo que sus hermanos habia tomado Huberto el camino sin saber adonde se dirigia; sus vestidos daban á entender una mediana fortuna, y revolvia en su imaginacion mil proyectos para conocer á fondo á los desdichados con quienes habia de tratar en el curso de su viage. Hácia la mitad del dia encontró una poblacion y se propuso descansar en ella. En todos los rincones de la tierra, de-

cia para sí, hallaré pobres destituidos de todo recurso, pero ¿son estas las gentes que yo busco? No: sino tienen talentos, ó carecen de medios fisicos, su suerte es muy comun, porque son infinitos los que la padecen. El desgraciado que debo buscar, cumpliendo el encargo de mi padre, ha de ser un hombre dotado de todas las qualidades intelectuales y de todos los medios posibles para reparar los agravios de la fortuna y del nacimiento; y que tambien tenga una grande superioridad fisica y moral sobre sus semejantes. Si á este hombre le han hecho infeliz el ceño del destino ó la

envidia y zelos de los demas, despues de haber puesto quanto es de su parte este será el que busco, y le serán debidos mis auxîlios. No es fácil que le halle en una pequeña aldea; necesito ir á una gran ciudad; allí me haré conocer como artista, y sin duda haré pronto mi eleccion.

Lleno de estas reflexîones Huberto comió en la primera posada; luego se puso en marcha; y sin pensar durante el camino en el objeto de su peregrinacion, llegó al cabo de tres dias á París, donde tomó quarto en una casa de posadas, y se preparó á cumplir la

última voluntad de su padre. Desde el dia siguiente hizo anunciar en los papeles públicos, que estaba encargado por una sociedad de sabios extrangeros, para hacer una relacion de los descubrimientos útiles, y las obras mas perfectas en las artes, á fin de adjudicar á sus autores las recompensas que mereciesen. Creia este medio proporcionado para descubrir el hombre que deseaba hallar. ¿Qué sucedió? Su casa se vió llena de intrigantes, de empíricos y de charlatanes de toda clase, que ponderaban sus talentos sin dar prueba de ellos. Aturdido Huberto y cansado de tanta multi-

tud de fanáticos orgullosos, dexó con todo sigilo su habitacion, desesperando de hallar lo que buscaba. Ya habia prevenido su alforja é iba á echársela al hombro, quando recibió el billete siguiente que reanimó sus esperanzas.

,,Si el aspecto de la indigencia ,,y del talento perseguido no os ,,asusta, tomaos el trabajo de venir á la calle de Reuilly, en el arrabal de San Antonio, núm. 25, ,,quarto piso; y vereis un hombre ,,infeliz, un artista privado de todo recurso; pero que acaso merece toda vuestra estimacion"

De Yuran.

Huberto muy alegre con este convite, creyó que ya se habian acabado las fatigas de su peregrinacion; y al instante se presentó en la casa indicada. Subió al quarto suelo, empujó una puerta mal junta, y quedó sumamente enternecido al ver un venerable anciano en una miserable camilla, á quien una hermosa doncella prodigaba mil cuidados, hijos al parecer del amor filial. La jóven al ver á Huberto se avergonzó y corrió á ocultarse tras de una cortina. El anciano le miró con ojos lagrimosos, y le dixo: ¡ Ah, señor! ¿ sois vos el sugeto á quien me he tomado la li-

bertad de escribir una esquela? — Sí señor; y vos ¿sois el desdichado Yuran? — El mismo, que os agradece la bondad de haber venido de tan léjos á un parage tan poco grato para el hombre dichoso y afortunado. Apénas os envié la esquela me arrepentí de haberlo hecho. — ¿Y por qué? — ¡Hay tantos intrigantes! ¡hay tantos desgraciados que lo son por su culpa, que he temido que me confundieseis con estos entes despreciables que todos los dias atacan la sensibilidad de sus semejantes para engañarlos y entregarse á los mas viles excesos! pero el hom-

bre que estais viendo y oyendo es digno de ser distinguido por sus desgracias y aun por sus virtudes, aunque parezca arrogancia.— Lo creo muy bien; y que no ignorais lo que me ha traido á París, pues lo habreis sabido por los papeles públicos; y así hacedme favor de manifestarme lo que sabeis, y decirme qué puedo hacer por vos. — Al instante voy á satisfacer vuestra curiosidad. ¿ Sofia? compareció la jóven, y el anciano la dixo: ve, hija mia, traeme la obra que sabes, fruto de treinta años de fatigas, y que solo me ha producido persecucio-

nes. Ahora vereis, señor, lo que acaso todo el ingenio de los hombres juntos jamas hubiera podido concebir; y sin embargo yo lo he creado á fuerza de años, estudios y trabajos. Me he visto preso por espacio de veinte años en varias cárceles, sin mas crímen que el de haber querido hacer á los hombres felices. Esta es la obra, servíos de verla.

La jóven presentó un enorme manuscrito, lleno de polvo, que parecia no haberse abierto en muchos años. Al ver su tamaño se desanimó Huberto, y temió volver á ser engañado; sin embargo

le apoyó en la cheminea, y se puso á recorrerle. A cada página veia figuras de geometría, circulos, triángulos y ángulos de toda clase, acompañados de letras capitales. ¿Qué significa esto? preguntó Huberto con la mayor admiracion.— ¿No lo veis, señor? — No por cierto. — Voy á explicarlo. Persuadido desde mi mas tierna juventud á que el sér supremo ha puesto relaciones admirables en todas sus operaciones, á que con la moral y la filosofia sucede lo mismo que con las ciencias matemáticas que nos ha permitido sacar del seno de la naturaleza, concebí el plan de una

obra extraordinaria, y le he puesto en práctica. He reducido á problemas de geometría las lecciones mas fuertes de virtud, los axîomas mas simples del arte de gobernar. Es decir, que por medio de claras reglas de matemática establezco el mejor sistema de gobierno, reformo los abusos, arreglo las rentas de todos los estados, y hago mas sabios y mas virtuosos á los hombres. Decidme ahora ¿quándo un hombre ha concebido proyecto mas vasto y mas útil para lo presente y venidero? *Hubetto queda atónito y el viejo continúa.* Pues esta obra tan sublíme es la que

me ha sumergido en todas las desgracias posibles, y en la indigencia en que me veis terminar mi carrera. He llamado á todas las puertas de los ministros, pero me han tratado como á un fanático sin juicio, y me han tenido preso largo tiempo. He manifestado mi obra á todos los sabios, á todas las gentes de alguna instruccion, y en todos solo he hallado orgullo y envidia. Unos me han vuelto la espalda riéndose de mí á carcajada; otros me han llenado de injurias, y me han prohibido su compañía; yo me he enojado; y me parece que he tenido razon ¿no es así? He escrito cartas sobre car-

tas, memorias sobre memorias, y todo ha servido solamente para suscitarme nuevas persecuciones. Al fin cansado de tantos ultrages he condenado mi manuscrito á un eterno olvido, persuadido á que los hombres no merecen que se les instruya é ilumine; y he venido con mi hija á esconderme en este rincon, indigno de un hombre que ha pasado su vida trabajando por el bien de sus semejantes. A nadie trato, y por tanto á nadie hablo de mi obra, y nunca hubierais tenido noticia de ella, si un amigo no me hubiese precisado á tentar este último recurso, para hacer

ver á todo el universo los únicos medios que le quedan para fixar la felicidad sobre este suelo de penas y trabajos.

Si el lector ha conocido la especie de locura del viejo, fácilmente comprehenderá lo atónito que quedaria Huberto oyéndole producir tantas extravagancias con el gravísimo tono de la verdad y sabiduría. Fácilmente conoció que estaba en casa de un insensato; pero ¿qué especie de obra seria esta tan maravillosa, que habia costado tantos desvelos, y contenia la ciencia de la felicidad? Huberto la recorrió; no vió en ella sino líneas

y figuras matemáticas; y se vió en la precision de suplicar al anciano que á lo ménos le explicase un capítulo. Este lo hizo con sumo placer; pero como molestó mucho á Huberto, no queremos hacer lo mismo con nuestros lectores; y así les bastará saber que tirando una línea, en cuyo término decia *moral*, iba á perderse en un círculo donde decia *virtud*; y de todos los puntos de este círculo nacian otras líneas donde se leia: *beneficencia*, *bondad*, *dulzura candidez*, &c. &c. de modo que segun la explicacion del viejo, el hombre, siguiendo la línea de la

moral, entraba en el círculo de todas las virtudes. Con estas y otras necedades semejantes pretendia corregir todos los vicios, y establecer la felicidad universal; habia pasado este infeliz toda su vida entregado á esta locura, y por sostenerla habia experimentado tantas desgracias. Se quexaba de los hombres; pero estos á quienes habia atormentado con tan inútil fárrago, ¿no tenian todavia mas razon para quexarse de él? Con todo, el infeliz era padre, habia encadenado á sus desgracias á una hija amable á quien debia haber procurado hacer feliz ántes de empeñarse en que

lo fuesen los demas. Véase aquí un loco de manía bien rara... pero ¿qué digo? ¿No es muy comun hallar muchos de estos proyectistas que concibiendo un sistema errado le siguen con la mas obstinada perseverancia? Estos declaman mucho contra los demas hombres, y en su opinion solo ellos son las víctimas de todas las injusticias, las cabalas, intrigas y persecuciones. Molestan al gobierno, le aturden con sus necias pretensiones, y quando se les hacen ver sus errores tachan de locos á todos los demas, persuadidos á que la ciencia se ha refugiado solamente á su cabeza; pero aunque

realmente son harto desgraciados estos hombres, la culpa es toda suya. Dotados de bastante talento, hubieran podido ser útiles al estado, vivir como buenos ciudadanos, y ser excelentes padres de familias; pero entregándose á un continuado movimiento de trepidacion y solicitud, se concilian el desprecio, la humillacion y el destierro; son infelices, y nadie los compadece.

Tal era el hombre con quien habia dado Huberto, y así no tardó en dexarle, despues de haberle prometido, como se hace con tales gentes, que volveria á verle, y se tomaria mas tiempo para

exâminar el manuscrito y participar su mérito á la sociedad. Dióle las gracias el anciano y salió Huberto, no sin compadecerse de la jóven, que al parecer sentia mucho el estado de su padre, y quizá le hacia justicia en el fondo de su corazon.

Hijos felices, hijos á quienes ha dado el cielo padres económicos, prudentes y laboriosos, que os dexan por herencia la fortuna, el honor y el exemplo del trabajo; conoced vuestra felicidad; conoced quán dulce es no tener que avergonzaros de su memoria, y vivir con la intacta reputacion de

providad que os han transmitido. ¡Oh! ¡qué lisongero es el justo elogio que se hace de un padre respetable! Hijos afortunados que teneis padres virtuosos, dirigid una mirada de compasion hácia aquellos, cuyos padres se han envilecido por la necedad, el vicio ó el delito; y agradeced á la providencia que os ha colocado en el seno de la felicidad.

Salió Huberto de casa del anciano; volvió á su posada, y desesperado de romper en una gran ciudad el fluxo y refluxo de las cabalas é intrigas que confunden ó elevan á los hombres, se dispuso

á dexar á París, resuelto á limitar sus investigaciones á las aldeas que ántes habia despreciado. Solo el cielo, exclamaba, me puede proporcionar el hombre modesto é infeliz, indicado en el testamento de mi padre. Mucho temo que sea mas dificil de hallar en los campos y aldeas que en esta inmensa ciudad, pero en ella todo es alboroto y confusion; y seria necesario un siglo para descubrir la virtud en medio de un mar de ficciones que se agita de todas maneras para engañar al hombre crédulo y confiado. Acaso me aparto de mi objeto; pero conozco

que no tendria valor para buscarle mas tiempo en París. Partamos, viagemos; y corra á cargo de la Providencia terminar mis fatigas, y llenar la voluntad de un padre que me puso en empeño tan dificil: ¡Ah! ya veo que regresaré el último de todos.

Tomó Huberto al salir de París el primer camino que se le presentó, y caminó dos dias casi sin detenerse, con su alforja al hombro y su nudoso baston en la mano. No buscaba, y queria encontrar; no era este el medio para acabar pronto su viage; pero el tumulto de París, y la multitud

de intrigantes que le habian rodeado, hiciéron que se desanimára.

Sumergido en estas reflexîones caminaba la tarde del segundo dia, sin advertir que una ligera lluvia comenzaba á calar sus vestidos, y que las nubes amontonándose en la atmósfera aumentarian la obscuridad de la noche. Estaba en un camino de travesía; y ya no alcanzaba á distinguir las cercas de las viñas y heredades que un quarto de hora ántes habia admirado. Todas las aves se habian refugiado á sus escondidos alvergues, y solo se oían los melancólicos ecos de

los páxaros nocturnos, y el estruendo de los torrentes precipitados desde las altas sierras. Temeroso de la soledad en que se hallaba, é ignorando adónde se dirigia el camino que llevaba, extendió su vista por los tenebrosos campos, y no distinguió el mas leve asilo.

El estrépito de los truenos, y la pálida luz de los relámpagos le llenaban de horror. Rasgábanse las nubes, vertian á mares la lluvia que contenian en sus senos, y no hallaba ni un árbol adonde refugiarse; pero animoso y resignado contrastando el rigor de los elementos,

proseguia su camino, y al cabo de una hora, una luz, que advirtió cerca de sí, regocijó su alma y reanimó su vigor. Siguió la direccion de la luz, y á poco rato se halló junto á la puerta de una casa, cuyo exterior anunciaba comodidad y limpieza; y en el umbral encontró á un anciano que parecia estar disfrutando el espectáculo magestuoso del choque de los elementos. No le alteró la llegada de Huberto, ántes bien dixo con entusiasmo á una muger que le acompañaba, ¡ah, qué hermosura, dulce amiga! ¡qué bellos son los efectos de la electricidad! ¡qué grandeza y magestad en



Que un necio sabio se crea,
Es error muy repetido:
Pero que un hombre instruido
Niegue la luz que posea,
Es una avaricia fea,
Y aun punible fanatismo:
Pues confunde en el abismo
Lo que debiera esparcir.
Y a esto obliga el presumir
Demasiado de sí mismo.

Alex. Blanco g.

la fisica celeste! ¡Ve aquí, Sofía, la escena mas hermosa que he visto en toda mi vida!

Estas palabras sorprehendieron á Huberto, infiriendo por ellas que el anciano era hombre de instruccion, y tal vez artista: pues como solamente pensaba en esta clase de sabios, á todos los que encontraba, los creia dedicados á las artes. Se acercó al anciano y le pidió hospitalidad, manifestándole lo mucho que le habia fatigado la tempestad; el viejo le recibió con humanidad; y sin moverse del umbral de la puerta en que estaba entregado á la contemplacion, mandó á la jóven



la física celeste! ¡Ve aquí, Sofía, la escena mas hermosa que he visto en toda mi vida!

Estas palabras sorprehendieron á Huberto, infiriendo por ellas que el anciano era hombre de instruccion, y tal vez artista: pues como solamente pensaba en esta clase de sabios, á todos los que encontraba, los creia dedicados á las artes. Se acercó al anciano y le pidió hospitalidad, manifestándole lo mucho que le habia fatigado la tempestad; el viejo le recibió con humanidad; y sin moverse del umbral de la puerta en que estaba entregado á la contemplacion, mandó á la jóven

que le acompañaba que diese á Huberto todos los auxîlios necesarios en semejantes casos.

Conoció éste que su huesped no era ceremonioso, y lo celebró en su interior; siguió á la jóven; la dixo que venia de París, que se habia perdido en el camino, y que á no haber hallado tan generosos corazones, le hubiera sido imposible continuar su viage, pues acaso habria perecido de cansancio y debilidad. Miéntras que enxugó al fuego sus vestidos, cesó la tempestad, el cielo se despejó, y remplazó la luna las tenebrosas nubes que obscurecian la esfera. Entró

entónces el viejo, y sin mirar á Huberto, pidió á la jóven la llave de su gabinete; queria hacer experiencias en su máquina eléctrica, y conocer el grado de electricidad esparcido en el ayre, &c. &c. Reparando Huberto que el viejo no hacia caso de él, le pidió permiso para acompañarle, añadiendo: puedo lisongearme de que no me faltan luces para ayudar y comprehender fácilmente vuestras experiencias. — ¿ Con que teneis nociones? tanto mejor; yo tambien las tengo; gusto mucho de las ciencias y las artes... ¡ Oh! ¡las artes!... yo soy artista: venid, venid y ve-

reis.... pero mejor es sorprehenderos.

El anciano tomó una luz, Huberto le siguió, y quedó atónito al hallarse en un soberbio gabinete lleno de instrumentos de fisica, y de una cantidad de máquinas de movimiento que parecian ser producciones de su huesped, porque muchas todavía no estaban acabadas, y se veían confusamente esparcidas en el suelo varias piezas é instrumentos para trabajar.

Despues de algunas explicaciones recíprocas, y de diversas experiencias demonstrativas de que aquel hombre tenia una verdadera ins-

truccion, éste, dando á Huberto un golpecito sobre el hombro, le dixo: mucho me alegro de que la casualidad os haya traido á mi casa; hablais de las artes como un profesor diestro, y por eso quiero enseñaros varios descubrimientos económicos que he hecho. Tratándose de artes, llamo economía el medio de ahorrar tiempo, gastos y brazos. Ved aquí un telar de nueva invencion, en el qual solo con el manejo de este resorte, hago mover una multitud de ruedas, cuyo movimiento en sola una hora produce mas que otros telares en todo un dia. Tambien he inventado esta máquina para hacer medias;

ésta para gasas; y ésta otra para hacer encajes. Este es un piano á el qual le he puesto acompañamiento de varios instrumentos, que suenan á un tiempo y acordemente por medio de sola una rueda; quisiera que le oyeseis, pero está toda la máquina descompuesta, y no la he arreglado, porque ¡ como se me ofrecen tan pocas ocasiones de manifestar mis obras!...

De esta manera fué el anciano enseñando á Huberto las máquinas de su gabinete, y no habria acabado sino le hubieran avisado que ya era hora de cenar. Sentáronse ambos á la mesa con la jóven, que

segun la conversacion, conoció Huberto que era esposa del viejo. No habia tenido tiempo nuestro peregrino para apreciar los descubrimientos de su huesped; pero le miraba como á hombre sabio é ingenioso; ¡ si éste, decia para sì, fuera el artista que busco! ¡ sería cosa bien particular haberle hallado tan casualmente, y quando ménos lo pensaba!

Lleno de esta dulce esperanza se propuso sondear á su huesped, para saber si era tan modesto como parecia desinteresado. Miéntras cenaban le preguntó, si habia ya publicado algun descubri-

miento importante. — Ninguno, amigo mio, ninguno, no soy de aquellos que van pregonando su ingenio y sus obras; soy absolutamente desconocido; vivo aquí solo con mi muger, á un quarto de legua de una gran ciudad adonde nunca voy; me divierto trabajando, inventando y executando, y soy feliz. — Pero si podeis ser útil á vuestros semejantes, ofreciéndoles el fruto de vuestros trabajos, os pueden acusar de que vivais tan obscurecido. — Diriais bien si los hombres fuesen dignos de que se les instruyera; pero ¿ iria yo á decirles que tengo mas instruccion y talen-

to que ellos? no diria sino la pura verdad, pero con todo, quando no me maltrataran, me despreciarian y confundirian entre la hez del vulgo, y perderia mi felicidad y sosiego por unos ingratos. No amigo mio; los hombres no aman la verdad, y por eso es preciso guardarnos de decírsela. — Sin embargo ¿si os llamáran y recurriesen á vuestras luces?... — ¿Quiénes? no os ocultaré que he hecho algo, aunque bien poco, para comunicar mis conocimientos, pero ha sido en vano; y quando haya perfeccionado mis descubrimientos, pienso embarcarme con todas mis má-

quinas, y llevarlas á reynos extrangeros. — ¿ Es posible ? ¿ privariais á vuestra patria?.. — Mi patria no me merece ; yo necesito honores y recompensas dignas de los servicios que puedo hacer á la humanidad, en una palabra, ó millones, ó nada. — Con que si yo, por exemplo fuese enviado por una sociedad académica, para conocer los artistas, juzgar sus inventos y decretar el lauro a quien fuese mas digno, ¿nada lograria con vos? —. Nada, señor, nada absolutamente. ¿ qué me importa el lauro? dinero es lo que busco, porque el oro vale mas que la fama y los honores.

De aquí á dos ó tres meses daré una vuelta por la europa, y espero hacer una fortuna muy considerable.— Yo os la deseo, caballero.

No insistió mas Huberto en una conversacion que le disgustaba. Cenó, se acostó; y al otro dia muy temprano volvió á ponerse en marcha, desesperado de haberle salido por segunda vez vanas sus esperanzas.

¡ Qué raro es este hombre, decia Huberto por el camino! No he tenido tiempo para exâminar las máquinas que dice haber inventado. Muy bueuas pueden ser; pe-

ro si no lo son él es un loco, y sus ideas muy dignas de compasion. Por el contrario, si sus invenciones pueden ser útiles á la sociedad, es un monstruo en sepultarlas ó estimarlas en tan exôrbitante precio; y para colmo de su crimen quiere privar á su pais de un bien que le debe, quando á su patria y no á los reynos extrangeros debe todo hombre su genio, su tiempo y sus talentos. Supone que su nacion le será desagradecida; pero ¿quién se lo ha dicho? ¿de dónde lo infiere? ¿Bastan algunos procedimientos vagos, acompañados, tal vez, del idioma de la altaneria y

orgullo para hacer conocer y apre-
ciar la utilidad de sus descubrimien-
tos? ¡ Ah! estos hombres que pare-
ce que aman la obscuridad, y se
vanaglorian de no hacer muestra de
sus talentos, no son tan modestos
y desinteresados como se pintan;
antes bien una soberbia refinada es
la causa de su fingido desinteres; y
el exceso de su amor propio, junto
con el desprecio con que miran á
sus semejantes, los contiene para no
entregarse al cansancio de las pre-
tensiones y solicitudes. Yo no sé si
á un hombre que hubiese hallado
la piedra filosofal y reservase el se-
creto, le preferiria á otro que

mismos, que declamando contra los vicios, apénas sienten en su corazon el mas pequeño estímulo hácia la virtud.

TARDE XII.

Continuacion de la historia de los tres peregrinos.

CAPITULO IV.

EL CASTILLO.

Antes de correr las aventuras con el hijo tercero de Deviñes , es preciso que conozcamos al que hemos de acompañar, y segun su retrato moral y fisico , juzgar si es propio para la comision que debe desempeñar. Tenia Graciano veinte

y quatro años ; su estatura era regular, y habia pocas figuras tan agradables como la suya. Su corazon era sensible , y su alma dulce y buena ; tenia mas cultura que sus hermanos ; hacia versos y canciones eróticas ; y sin haber conocido al amor le cantaba con toda la expresion y gracia de un poeta consumado. Ademas , era músico y le eran familiares todas las habilidades y exercicios corporales. En una palabra. era un caballero completo , y como tal digno de la muger mas tierna y mejor educada ; pero para cumplir las órdenes de su padre se habia cubierto de andrajos , dexando cre-

cer la barba, y descuidado la compostura del cabello, de modo que baxo un exterior sumamente desaseado, habia encubierto todas las gracias naturales que á primera vista le hacian recomendable. Queria agradar por las solas qualidades de su corazon y talento, y por tanto se creía obligado á hacer alarde solamente de estas prendas. Luego veremos si tuvo ocasion para mudar de ideas.

Separado de sus hermanos y ansioso de volver ántes que ellos, tomó el camino que se le presentó, y caminaba cantando el amor que debía abreviar su peregrinacion, y ade-

lantar su regreso. No daba paso sin pensar en componer algunos versos, y á ratos se detenia, sacaba su libro de memoria, y trasladaba en él fielmente los frutos de su imaginacion; y así el tal libro estaba lleno de idilios, madrigales, y en fin de una multitud de versos anacreónticos; logrando que no le fuese molesto el camino, por ir en el acompañado de las agradables musas.

Habia caminado todo el dia casi sin sentirlo; al declinar el sol creyó que veía á lo léjos unas casas; y pensando que se acercaba á alguna aldea, no aceleró sus pa-

sos, en la confianza de que aun habia una hora de luz; pero quedó muy admirado, quando aproxîmandose al edificio, halló que lo que habia tenido por un lugar habitado, no era sino un castillo muy antiguo, medio desmoronado, cercado de foso, al qual solo se entraba por una gran puerta situada al extremo de un montecillo, que el tiempo habia substituido al puente levadizo, que en otro tiempo ocupaba este terreno. El exterior caprichoso y raro de esta antigua fortaleza picó la curiosidad de nuestro peregrino, olvidóse de que la noche iba á sorprehenderle, y quedó

sumerjido en unas reflexîones dignas del siglo de la caballería. Suponia que este edificio estaba habitado por un viejo castellano ; que la torre que se levantaba sobre la ala derecha encerraba sin duda alguna joven belleza , condenada á nunca ver la luz , sino cedia á las caricias de un perseguidor inhumano ; y que solo un valiente paladin podía quebrantar sus cadenas, y libertarla de aquel monstruo. La imaginacion de Graciano se exaltó ; creia oir gemidos sordos y lamentables ; esperaba que si llamase se le presentaria un enano sobre la cúpula de la torre , tocando una

bocina para dar aviso; y en una palabra, entregado á sus ilusiones, se creyó transportado al pais de los encantadores, ó de los valerosos caballeros de la mesa redonda.

En tan extravagante éxtasis estaba, quando un raro accidente aumentó su error, y le suscitó una dulce inquietud. Solo parecia habitada una ala de este gótico castillo; se veia la luz al traves de una zelosía; y una voz celestial, la voz de la jóven beldad, encerrada sin duda en la torre, acompañada de una arpa, cantaba este romance.

Bello caminante
que por aquí pasas

triste y silencioso,
cuéntame tus ansias.

Dí, ¿ por qué suspiras?
¿por qué se retratan
penas y fatigas
en tu linda cara?

¿Has perdido acaso
la que tierno amabas,
y por eso viertes
lágrimas amargas?

¿A dónde diriges
las inciertas plantas
léjos de tu dulce
prenda idolatrada?

Bello caminante
cuéntame tus ansias.

¿Por qué esa florida
juventud lozana
ingrato á ti mismo
quieres marchitarla?
Si nada hay que dure,
si todo se acaba,
¿por qué de tus males
al peso desmayas?
Ven á este castillo,
y hallarás un alma
que tus sentimientos
gustosa comparta,
y preste si cabe
alivio á tus ansias.

Fácil es de conocer la admiracion y alegría del buen Graciano. No sabia

si lo que oia era casualidad ó invencion prevenida de intento para sorprehenderle, pues parecia que los versos se dirigian expresamente á su llegada. Era verdaderamente maravillosa esta aventura; y así lo creia nuestro viagero. Vertian sus ojos algunas lágrimas de sensibilidad; sentia el corazon oprimido; pero pronto imaginó que como caballero debia responder á tan fino ofrecimiento; y sin pensar en lo que hacia, ni en las conseqüencias, versificando repentinamente, cantó en alta voz lo siguiente sobre el mismo ayre y estilo.

Bella encantadora
cuya voz y estilo
sorprehenden el alma
de este peregrino,
Díme ¿cómo puedes
con oculto hechízo
desterrar las penas,
é inspirar alivios?
Si ha sido hasta ahora
todo del martirio,
ya es de la esperanza
este peregrino.
Si esta fortaleza
presenta un asilo
á la fe y ternura
del amor mas fino,
Si su castellana

ofrece un abrigo
á quien nunca el rostro
de la dicha ha visto,
De hoy en adelante
vivirá tranquilo
y lleno de gozo
este peregrino.

Estos versos cantados con voz fuerte y agitada por la expresion, fueron oidos de la dama que los habia motivado; pero bien fuese temor ó vergüenza de verse empeñada en una aventura, por unos versos aprendidos en otro tiempo, y cantados casualmente: tomó la luz que ardia en aquella pieza, y

se fué á otra, sin dirigir siquiera una mirada hácia el pobre caminante, á quien acababa de electrizar. Muy bien advirtió Graciano que la luz desaparecia; pero lleno siempre de ideas caballerescas, creyó que la castellana, sensible á su cancion, iba á dar órdenes para que fuese conducido á su presencia; y en esta confianza esperó largo tiempo en vano, pues nadie compareció. Al cabo de una hora exclamó Graciano, ¡quál es la extravagancia del corazon humano! Veo que cada uno tiene un grado de sensibilidad que gasta enteramente en exterioridades,

sin quedarle una sola centella en el alma. Mil gentes se enternecen á la mera narracion de un rasgo generoso, y no serian capaces de hacer el mas leve beneficio. Los hombres mas viciosos aplauden en público la virtud con el mayor entusiasmo. Por exemplo: esta muger ofrece hospitalidad al caminante extraviado, la ternura hace trémula su voz, su acento es verdadero; pero su alma está toda en su cancion, de modo que sus impulsos finalizan con el último acento de su voz; ofrece hospitalidad, se acepta, y nadie comparece... ¿qué es lo que yo he hecho? me

he extraviado; una obscurísima noche me ha sorprehendido, y no sé qué camino tomar para hallar un asilo; una falsa humanidad me ha engañado, y temo ser víctima de mi credulidad.

Quedó el jóven entregado á estas reflexîones, y de repente formó el proyecto de llamar á esta antigua habitacion, diciendo: yo me quejaré del lazo que han tendido á mi franqueza, y veremos si es lícito burlarse así de la buena fe de un corazon sensible. Se acercó á la puerta, llamó, y nadie le respondió; volvió á llamar, y de la parte de adentro dixe-

ron. — ¿Quién llama á semejantes horas? — Un peregrino extraviado. (*Una voz mas fuerte contesta asperamente.* Retiraos importuno: ¿pensais que no os han oido? — Pero... — Ved aquí, señora, el efecto de vuestras canciones. — Señor, responde la dama, ¿habia yo de imaginar que precisamente se hallase tan cercano un caminante para responderme? — Esposa mia, sois una loca; y algun dia sereis causa de que nos degüellen á todos en este solitario castillo. — Esposo mio, siempre teneis la cabeza llena de ilusiones. — Callad, que de lo con-

trario soltaré todos los perros contra vuestro *bello caminante*, y entónces podrá de veras contaros *sus ansias*.

¡Marido! ¡esposa! Graciano quedó atónito al oir semejantes palabras; conoció la voz de la castellana, y que es casada é infeliz, con un hombre tan bárbaro, que trata de soltar los perros contra los caminantes; é indignado de esto se contentó con decirle injurias; pero no le contestaron, y solo oia pasos de ir y venir. La fragancia de los manjares que se disponian en la cocina llegaban á su olfato; el estaba hambriento, no tenia donde recogerse,

y nadie se compadecia de su triste situacion. Por fin se resolvió á buscar un árbol frondoso, y dormir en brazos de la naturaleza, que nunca niega la hospitalidad á sus hijos. Verdad es que ésta no le daria de cenar; pero repararia sus fuerzas con un sueño tranquilo, y él se presentaria al dia siguiente al señor del castillo á reconvenirle por su inhumanidad.

Firme en esta resolucion, rodeó el antiguo castillo; un impulso de su corazon, que no podia definir, hizo que se acercase á la ventana de la estancia donde habia oido la cancion del caminante. Recordó

algunos versos y los dixo en voz alta con doloroso acento, como para quejarse de la castellana por haber perturbado su paz interior. Encontró un árbol inmediato, y se acostó al pie de este tutelar abrigo, cantando...

Lleno de pesares,
un sueño propicio
busca aquí el cansado
triste peregrino.

Repitió varias veces estas palabras, y ya iba el sueño á sobrecogerle, quando un nuevo objeto se presentó á su vista, y reanimó sus espe-

ranzas. Volvió á comparecer la luz en la ventana, y vió que sobre el poyo de ésta pusieron una antorcha encendida, que lanzada luego á fuerza de brazo cayó junto á sus pies. Un sobresalto involuntario le hizo dar tres pasos atras; pero luego se llegó á la antorcha que ardia todavía. La cogió y creció su admiracion al ver atados á ella una llave y un papel. Impaciente por conocer la explicacion de este enigma, desdobló el papel, y leyó lo siguiente.

,,Yo estaba con mamá quando
,,ella cantaba la cancion del caminan-
,,te; tambien he oido la vuestra; des-

,,pues he sabido que os habian ne-
,,gado la hospitalidad para esta no-
,,che, ¡pobre peregrino! si mis pa-
,,dres han sido tan inhumanos con
,,vos, aceptad el asilo que os ofre-
,,ce su sensible hija á quien habeis
,,sumamente interesado. Debaxo de
,,la ventana, un poco á la izquierda,
,,hallareis una puerta que se abre con
,,la llave que os envio: entrareis en
,,una sala baxa donde creo que hay
,,una cama; pasareis allí la noche,
,,y por la mañana, al iros, cerrareis
,,bien la puerta, y pondreis la lla-
,,ve baxo de una piedra, al pie del
,,segundo árbol de la ilera izquier-
,,da que dice á la puerta principal;



„pero á nadie digais nada, porque „creerian que hago mal, y el cora- „zon me dice que hago bien. A „Dios; buenas nòches.“

Póngase el lector en el lugar de su amigo Graciano, y conocerá quál fué su sorpresa y alegría. La carta de la niña le embelesaba; era un ángel tutelar destinado á socorrer á los infelices. Graciano amaba á esta jóven, aunque no la habia visto; y no la amaba como quiera, sino con la mayor ternura, pues en su concepto no podia ménos de ser bellísima; y las personas que tienen buen corazon, ¿cómo han de ser feas? A favor de la antorcha,

halló la puerta, la cerró hácia sí, y se encontró en un quarto baxo bastante limpio; pero al parecer inhabitado, con sillas antiquísimas medio destrozadas, sin cama alguna, pero sí una especie de canapé que podia hacer su oficio; y aunque la comodidad no era mucha, Graciano se dió por muy servido. A fuerza de registrar, advirtió en un ángulo una puerta, que sin duda conducia á lo interior de la casa, tan mal cerrada que Graciano podia abrirla, y aun le ocurrió este pensamiento; pero luego reflexionó que esto seria violar las leyes de la hospitalidad. Le habian dado un

abrigo, debia contentarse con él; y aun quando todas las puertas de la casa estuviesen abiertas, este hombre delicado debia creerse tan encerrado como si estuviera baxo de mil cerrojos.

En tanto que Graciano se complacia en estas reflexîones, oyó que baxaban por una escalera, y se detenian á la puerta de su quarto.— ¿Estais ahí? — Sí, ¿serias vos quién?... — Sí, yo soy. ¿No estais aquí mejor que en el campo? — Sí señora; pero ¿no veré al ángel benéfico que?... — No teneis necesidad de verme. — ¡Amable criatura! perdonad si os molesto, pero

¡la necesidad me debilita tanto! desde esta mañana no he podido reanimar mis fuerzas... — ¡Ah! ¿querriais cenar? No sé como hacerlo, porque me he propuesto no veros. Sin embargo, si me prometeis que no intentareis verme, puedo entreabrir esta puerta, y alargaros algunos manjares... — Hermosa incógnita, yo juro no miraros... No, no jureis: papá tiene la costumbre de hacerlo, y al oirlo me pongo á temblar; pero conozco que debo socorrer vuestra necesidad... esperadme; todavía estan en la mesa; pronto vuelvo.

Oyó Graciano que la niña su-

bia la escalera, que cerró tras sí una puerta, y luego nada percibió mas. Deseaba con ansia verla, y el haberla pedido algun alimento, mas era efecto de este deseo que de su necesidad; pero habia ofrecido privarse del dulce placer de verla, y debia cumplir su palabra. Impaciente porque volviera, esperó cerca de una hora, á cuyo tiempo oyó pasos en la misma escalera, y su corazon empezó á latir violentamente. Dixéronle desde el umbral de la puerta: tomad estos manjares y para no verme, volveos de espaldas como me lo habeis prometido.

La puerta se abrió un poco, y

Graciano, vuelto de espaldas, alargó un brazo y recibió los regalos que le ofrecieron; pero sin poder contenerse se volvió repentinamente, y en quanto permitia la obscuridad, distinguió el bulto de una muger. Iba á decirla mil ternuras, quando improvisamente se presentó en la estancia un hombre furioso, acompañado de varios domésticos con luces, y exclamó: ¡imprudente esposa! bien recelé la traicion que meditabas: ve aquí una nueva prueba de tu perversa conducta.

Considérese la confusion de Graciano, pues la amable hermosu-

ra á quien creia deber la hospitalidad, la niña que en su concepto cantó el romance, no era sino una muger entrada en edad y en extremo fea. En tanto que quedó confundido de lo que veia, marido y muger disputaban obstinadamente; sobre todo ésta, furiosa por verse descubierta á los ojos del peregrino, dirigiendo á su marido coléricas miradas, le dixo: ¿Qué derecho tienes para espiar mis pasos de esta suerte? — ¿Pues no te he visto ir y venir continuamente? ¿no te he oido baxar varias veces por esa escalera? ¿no conozco las infamias que caben en tu pecho? Ade-

más de esto ¿no te he oido desde arriba fingir la voz, y aplicarte un *papá* y una *mamá*, para persuadir á ese forastero que erais la hija de la casa? A dicha atribuyo el no tener hijos, para no verlos pervertidos con el exemplo de tan delinqüente madre. ¡Quántas veces maldigo la cadena que arrastro!— ¿Y por qué te la impusiste? ¿qué eras quando me digné de hacerte dueño de mi mano? nada: todo lo traxe yo: te enriquecí, y esta es la recompensa de mis beneficios, ¿es posible, Dios mio (*llorando*), es posible que así se trate á una tierna esposa á quien se la debe todo?

hombre inhumano, hombre ingrato y sin delicadeza, debias bendecir un lazo... — Vamos, vamos de aquí, orgullosa, y avergüénzate de la conducta que observas delante de un forastero, que si es hombre honrado, hará de ti el juicio que mereces. En quanto á vos (*á Graciano*) solo puedo acusaros de la excesiva facilidad con que habeis caido en el lazo que os ha tendido mi muger; porque sin duda creiais que era mas jóven, y no tan fea, á no ser que conociéndola de ántes... — Os juro, interrumpió Graciano, que nnnca habia visto á vuestra esposa, y que aun repu-

tándola por hija vuestra, habria observado la conducta que exîgen las leyes del honor y la hospitalidad.— Bien puede ser; pero sois demasiadamente jóven para resistir en semejantes ocasiones; y convenid en que conociendo como conozco á mi muger, hacía muy bien en no permitir se albergase en mi casa el *pobre peregrino*. Ahora que no sois peligroso, *bello caminante*, pasad la noche en esta sala, y á la mañana tomareis el camino: buenas noches.

Ya se habia retirado la castellana llena de rabia y despecho; su marido se retiró tambien dexando

bien cerrada la puerta de la escalera, y ya no se volvió á oir nada. Probablemente estos tiernos esposos en otra retirada estancia pasáron una noche divertida entre gritos, lágrimas y recíprocos denuestos. Dexémoslos regañar, y volvamos á Graciano.

Sin duda se supone lo mucho que reflexîonó sobre este suceso extraordinario: era honrado y virtuoso; y el manejo de la castellana indignaba su alma pura y cándida, ¡cómo le habia engañado! ¡qué astucia de muger! ¡contrahacer la voz, tono y expresiones de una jóven sencilla, para abusar así de la

buena fé de un forastero, y afligir cruelmente á su esposo! Lo que mas daba que hacer al entendimiento de Graciano, era el haber oido decir á la muger que habia hecho la fortuna de su marido. Ella le habia querido pobre y le entregó sus bienes, con que esta muger, entónces era tal como la que ahora busca Graciano, ¿pues cómo se ha hecho tan viciosa? ¡Si él tuviera la desgracia de tropezar con una muger de esta especie! pero no puede ser, porque Graciano no está en el caso del marido desgraciado que acaba de ver; porque él es mas rico que la muger que desea hallar. Basta

que esta le crea pobre, y que dándole la mano, no atienda á la fortuna ni á lo fisico. Despues de su himeneo la sorprehenderá agradablemente, haciéndola disfrutar la herencia de su padre, y nunca podrá darle en rostro con que ella le ha enriquecido.

Bien asegurado Graciano sobre este punto, se propuso aplicar la atencion mas escrupulosa, y el mas severo exâmen en la eleccion de esposa. Acababa de ver un exemplo de la perversidad de las mugeres, y estaba ya muy distante de imaginar que la primera muger que hallase, le haria dichoso. Aturdido todavía

de la escena que acababa de pasar, se aprovechó sin embargo del favor que le habia hecho la castellana; cenó tranquilo y durmió profundamente hasta la mañana. A las seis un criado llamó á su puerta: Graciano se vistió, se informó de la salud del dueño de la casa, y suplicó al criado le hiciese presente su gratitud, y su sentimiento en órden á la molestia que le habia causado, y al mismo tiempo que le indicase el camino de París. Informado de éste, dexó el castillo donde habia recibido tan fuerte leccion, y se puso en marcha.

Nosotros no le seguiremos á Pa-

rís, donde por mucho que trabajaba y discurria, no hallaba sino coquetas y mugeres muy alexadas del retrato de la belleza que buscaba.

Cansado de las molestias que le causaban sus investigaciones, recibió en fuerza de la experiencia un conocimiento perfecto del carácter de las mugeres. Tomó pues el partido de dexar una ciudad en que la fluctuacion de las intrigas no convenia á su carácter dulce y sosegado; y esperando que tal vez la casualidad le presentaria lo que hasta entónces habia buscado en vano, salió de París desconfiando de volver á su casa ántes que sus hermanos.

TARDE XIII.

Fin de la historia de los tres Peregrinos.

CAPITULO V.

LOS TRES PRODIGIOS.

Pasaremos en silencio algunas aventuras de poca consideracion que experimentáron los tres hermanos para venir con ellos al término de su raro viage, que le terminó la casualidad. Despues de mil infructuosas diligencias, Graciano volvió el último á casa de su tio Tomas, don-

de halló á sus hermanos. Solo á aquel esperaba el tio para juzgar si sus tres sobrinos habian cumplido la última voluntad de su padre, y partir entre ellos la herencia. Por fin, llegó Graciano conduciendo á una jóven, acompañada de un tutor, cuya fisonomía inspiraba respeto. Huberto estaba sentado junto á Tomas; á su lado se veía un anciano agoviado del peso de los años, y muy pobremente vestido; éste era el infeliz que buscaba, y que al cabo habia encontrado. Algo mas retirado estaba Ricardo hablando con un hombre como de unos quarenta años, muy bien puesto, que parecia ser el

rico desinteresado, objeto de su comision. Los tres hermanos se miraban vertiendo lágrimas de ternura, y se manifestaban deseosos de saber sus respectivas aventuras. Tomas tenia la misma curiosidad; y haciendo sentar á todos junto á sí, encargó á Ricardo que fuese el primero en hacer su narrativa, y éste, sin hacerse de rogar, comenzó de este modo.

Mi relacion no será larga. Os bastará saber que despues de haber buscado inútilmente un rico que fuese benéfico por solo el gusto de serlo; y despues de no haber hallado sino libertinos y so-

bre todo infinitos egoistas, me volvia á casa de mi tio, desesperanzado de cumplir con mi encargo, quando fixó mi atencion un particular que lloraba en el lindero de un camino. Parecia atormentado de algun grave dolor; me acerqué á él, y le pregunté con dulzura la causa de sus sentimientos. Estoy perdido, me respondió, estoy perdido sin recurso; he incurrido, y justamente, en el ódio del mejor de los amos. — ¡Cómo! hablad, explicaos. — Hace diez años que sirvo, ó por mejor decir, soy el intimo confidente de un hombre rico, llamado Berville, á quien

pertenece el castillo que veis sobre aquella colina. Es el hombre mas tierno, mas generoso, y mas digno de estimacion; constituye su felicidad en favorecer, pero no como los demas: un solo rasgo os hará conocer su excelente corazon, y la causa de mi desgracia. Tiene un sobrino á quien, por haber quedado huérfano, ha educado desde su infancia. Habia dispuesto un enlace muy ventajoso al sobrino, el qual, poco digno de tantas bondades, hacia algunos años que vivia con una jóven, hija de padres pobres y obscuros. Supo el tio esta vida criminosa, y que

la infeliz víctima de la seduccion de su sobrino, era madre de dos niños que criaba ella misma. Su corazon se compadeció; pero al mismo tiempo se ofendió su probidad. Envió á buscar al delinqüente sobrino, y le dixo: todo lo sé; no se me oculta que has engañado á una inocente, y has echado un borron á nuestra familia; ¿quál es el objeto de tu secreto trato con una muger que nunca puede ser tu esposa? No ignoras que tengo otras ideas acerca de tu establecimiento, y que quiero ser obedecido: esto basta; no volverás á ver á la muger que has sedu-

cido ; anoche hice que el gobierno la recogiese ; ella y sus hijos estan léjos de ti para siempre ; quanto intentares para volverlos á ver será inútil ; vive conmigo , hazte digno de mi ternura , ó teme la severidad de mi cólera , y la de las leyes.

Confundido el sobrino con tan repentino golpe , empleó lágrimas y ruegos para vencer al tio ; mas no pudo conseguirlo , y se pasaron muchos años sin que oyese hablar de su querida , ni de sus hijos. Ahora voy á manifestaros la conducta del tio. No habia hecho recoger por órden del gobier-

no á la desdichada jóven, como lo habia dicho al sobrino para intimidarle; ántes bien habia preparado á algunas leguas del castillo, una bellísima casa, donde se hallaban reunidas todas las comodidades posibles. Yo habia ido á buscar á la infeliz, y baxo el pretexto de reunirla con su amante, la traxe con sus hijos en una berlina á esta agradable habitacion, donde nada la faltaba sino ver á su querido, á quien suponia viajando por órden de su tio. Este acudia secretamente, no solo á las necesidades, sino tambien á los placeres de esta interesante familia; y aun

iba muchas veces á pasar dias enteros en compañía de sus sobrinitos y de su madre, que como nunca le habian visto, le tenian solo por un vecino sensible y compasivo.

Así ha vivido quatro años esta víctima del amor, creyendo deber su comodidad á su seductor, é ignorando que su virtuoso tio era su único bienhechor. Durante este tiempo, el señor de Berville fingia la mayor severidad con su sobrino, y le instaba á casarse con la señorita que le habia destinado, y le daba priesa para que contraxese otro enlace que el que debia. Queria ver

si su sobrino seria tan desnaturalizado, que abandonase por otra á la madre de sus hijos; ¡tanto estimaba este respetable hombre los sentimientos de la naturaleza! Si su sobrino se resolvia á casarse con otra, el señor de Berville estaba resuelto á descubrirle todo y arrojarle para siempre de su casa; por el contrario, la resistencia del jóven debia ser recompensada con la mano de su querida, y todo el amor de su tio.

Estaba para finalizar el tiempo de la experiencia, quando el imprudente jóven, me llamó un dia con mucho secreto; y me confió el pro-

yecto que tenia de huir para siempre de la casa de su tio, á fin de evitar un casamiento de interes que le haria eternamente desgraciado. Yo no sabia sino una parte de los secretos de mi amo; á saberlo todo, habria disuadido al jóven de un designio que malograba todas las medidas que para hacerle feliz se habian tomado hasta entónces. No me atreví á decirle que sabia donde se hallaba su querida; y lo que hice fué darle un buen caballo, y despues de haberle estrechado entre mis brazos, se alejó de mí y de la casa de su tio *para siempre*: esta fué su expresion.

Considerad el dolor del tio quando supo tan inesperada fuga; se informó de mí, y no pude descifrarle la verdad, ¡imprudente! me dixo, ¿qué has hecho? para siempre has perdido á una muger amable, á quien destinaba la mano de mi sobrino y todos mis bienes, ¡sin recurso quedan ella y sus hijos deshonrados! ¡pobre Belly! ¡tu amante, tu esposo se ha alejado de tí para no volver á verte!.. ¡Ah! ¡cruel experiencia! ¡fatal partida! ¡toda mi prevision ha sido en vano! y tú, criado imprudente, que debias al instante avisarme la fuga de un insensato, vete, apártate de

mis ojos, y no vuelvas á ponerte en
mi presencia.

A estas palabras, mi amo me
volvió la espalda, y me dexó solo,
entregado á mi arrepentimiento. Es-
ta mañana, señor, esta mañana ha
sido, quando un amo, á quien mi-
raba como modelo de todas las vir-
tudes, me ha despedido inhumana-
mente... y no me atrevo á ir á arro-
jarme á sus pies. Poco ha que he
sabido que mi amo ha estado á visi-
tar á la triste Belly; se la ha pre-
sentado como tio y bienhechor de
ella y de sus hijos; pero al mismo
tiempo no la ha ocultado la fuga
de su amante, del hombre que la

destinaba para esposo; pero el mal está hecho; se ignora el camino que ha tomado el jóven, ¡ah! ¡si yo pudiera hallarle en alguna parte, y volverle á la presencia de su tio! ¡inútil deseo! ¡mi desgracia está decidida, y Belly quedará para siempre abandonada!

Así hermanos mios, acabó el incógnito, una narracion que me enterneció hasta lo sumo. La compasiva ternura del señor de Berville, me inspiró el mas vivo interes; ve aquí, dixe para mí, ve aquí el hombre que busco; es preciso que sin perder tiempo me presente á él. En conseqüencia propuse al cria-

do que le acompañaria á casa de su amo, y haria que le perdonase; creyóme, y fuimos en busca del señor de Berville, el qual volvia de casa de Belly. Hice relacion á este hombre generoso del testamento de mi tio, y del objeto de mi peregrinacion, y le supliqué que aceptase en mi herencia la parte destinada al hombre rico y desinteresado. Conozco, le añadí, que os hace muy poco al caso este aumento de riqueza; pero entreguemos está parte á la pobre Belly, á esta infeliz abandonada por un sobrino que habeis perdido en el momento en que iban á hacerle fe-

liz el amor, y la naturaleza; por lo ménos Belly y sus hijos quedarán de este modo á cubierto de la indigencia. — Sois un hombre franco, me dixo Berville, abrazándome; os creo, y acepto vuestros ofrecimientos en favor de una desdichada, á quien iremos mañana á visitar; y luego os acompañaré gustoso á casa de vuestro tio.

En efecto, á la mañana siguiente fuimos á ver á Belly, á la qual participamos que la fortuna la concedia sus favores, á falta de los del amor y del himeneo. Arrojóse á los brazos de su tio (que-

ria éste que así le llamase) esta amable muger; y vi al buen Berville acusarse de haber causado la desgracia de la madre y los hijos, haciendo con su sobrino una experiencia que debia haber previsto ser superior á las fuerzas de su corazon. ¡Mal conocia, exclamaba Berville, á mi amado sobrino! yo le creia incapaz de ceder á los sentimientos y deberes de la naturaleza, y por esto os hallais separados.

Acabada tan tierna visita, volvimos al castillo de Berville, y al dia siguiente nos pusimos en camino para aquí, donde el buen Ber-

ville entrará á la parte en los bienes de nuestro padre, como si fuese hermano nuestro, ¿y no lo es? Siempre los hombres virtuosos son de una misma familia; ademas de que la herencia de la ternura paternal debe, por el conducto de tan benéficas manos, aliviar las desgracias del maternal afecto.

La historia de Ricardo interesó infinito á la familia de Deviñes; todos abrazáron á Berville, y quando hubieron pasado los primeros movimientos de efusion, tomó Huberto la palabra para referir á la sociedad lo que le habia sucedido en su peregrinacion. No fué su rela-

cion ménos agradable que la de Ricardo. El hombre á quien acompañaba, era efectivamente desgraciado sin merecerlo, pues lleno de luces y conocimientos, nunca habia hallado proporcion para manifestarlos; y en una palabra, Raymundo, que este era su nombre, llenaba absolutamente la intencion del testador. No referiré individualmente su historia pues no contiene accidentes maravillosos; pero baste decir que fué adoptado por la familia. Pasaremos á la historia del jóven Graciano, el qual llenó de sumo placer á su auditorio, diciendo así:

No me admira, hermanos mios, que hayais hallado lo que buscabais, pues todavia hay virtud en la tierra; pero la dificultad es el hallarla; aunque si se busca con eficacia, se encuentra. Pero ¿sabeis que mi empeño era el mas dificil? ¿No hay mas que hallar una muger que no atienda ni á la fortuna ni a lo fisico del hombre? Hablen por mí quantos conocen el corazon de las mugeres, y convendrán en que yo necesitaba de una discrecion y una paciencia consumada. Sin embargo hallé á esta muger, apreciable sobre todos los tesoros del mundo, y la estais viendo en la ama-

ble Cecilia: ¿cabe mayor reunion de gracias y modestia? pero no quiero que sonroseen su rostro mis elogios; hablaré de sus virtudes, de las quales puede gloriarse mucho mas que de sus atractivos.

No os referiré la graciosa aventura que me sucedió en un antiguo castillo con una vieja, fea y loca; tampoco las coquetas que he encontrado; el quadro que voy á presentaros no necesita de sombras, pues debe ser puro como la persona que tengo que pintar en él.

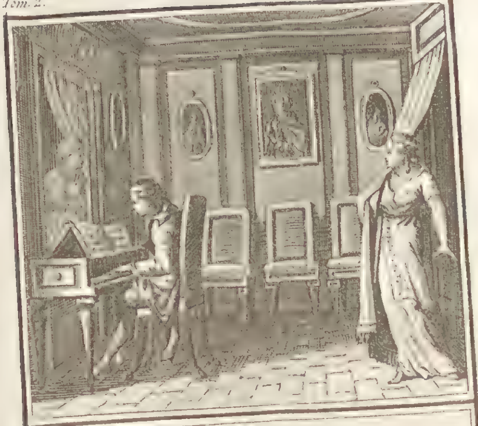
En una pequeña ciudad situada á pocas leguas de aquí, vivia con su tutor una bellísima jóven do-

tada de quantas prendas hacen recomendable á una muger; por todas partes la pintaban como modelo de juicio y de talento. Pasaba yo por esta ciudad, desesperado ya de poder cumplir la condicion que me habia prescrito mi padre, quando oí hablar de Cecilia y decir: que, feliz con un tutor, que cordialmente la amaba, habia renunciado muchas veces los lazos del matrimonio. Estos lazos, decia yo interiormente, acaso habrán tenido por principio el interes: los de la estimacion y el amor son mucho mas poderosos; procuremos hacerlos brillar á los ojos de esta in-

sensible Cecilia; pero ciñamonos á las leyes que dicta el testamento paterno. Obscureceré baxo de un trage humilde, la poca frescura de mis facciones; destruiré enteramente el ìmperio de lo fisico; pero nada omitiré para que triunfe el del alma y sus nobles qualidades.

Resuelto á esto, me vestí limpia pero pobremente; una cinta negra me cubria un ojo y gran parte del rostro; mi brazo izquierdo descansaba como maltratado en un pañuelo que pendia de mi cuello, y un báculo sostenia mis vacilantes pasos. En este estado, desprecia-

ble para el amor pero interesante para la compasion, me acerqué á la casa del señor Duval; pregunté por él. — Ha salido; solo está la señorita. — Pues bien, presentadme á la señorita. Esta me hizo esperar mucho en un salon donde reparé en un piano cargado de música (sabeis que tengo la voz bastante agradable) y me puse á cantar el primer romance que me ocurrió. Cecilia llegó poco á poco y á favor de un espejo, la ví detenerse y aun dar muestras de placer en oirme: continué; me dexó acabar; y viéndola al volverme, la pedí perdon de mi atrevimiento,



Un poderoso, que el bien
Haga por gusto de hacerlo;
Un desgraciado, que á serlo
Llegué por puro desden
De su destino; y tambien
Una muger, que en amores
Solo atienda á los primores
Del alma, y no á los sentidos;
Merecen ser distinguidos
Como prodigios mayores.

Sonrióse Cecilia; me aseguró que se alegraba de no haberme interrumpido, y me preguntó qué se me ofrecia. — Señorita, soy un pobre huérfano perseguido de la suerte, y á quien perseguirá siempre la mas cruel indigencia, si no hallo ocupacion en que manifestar alguna instruccion que tengo, aunque no es de las mayores. Creo que podré enseñar música, dibuxo y algunas lenguas: por tanto me he tomado la licencia de venir á preguntar al señor Duval, si entre sus amigos podria proporcionarme algunos discípulos. — ¿De dónde conoceis á mi tutor? — Luego que

un forastero entra en esta ciudad, todos le indican el asilo de la beneficencia, y de la... hermosura.— Mi tutor no está en casa; volverá pronto; si quereis esperarle....— Con mucho gusto, pues me lo permitis.

Cecilia me acercó una silla, y me obligó á cantar algunos juguetes italianos, que la gustaron mucho. En esto llegó el tutor, á quien me presentó con mucho empeño; hízome éste mil preguntas, y al cabo me recibió en su casa para que desde aquel mismo dia diese leccion á su sobrina. Me pareció que la jóven mostraba alguna sa-

tisfaccion de este resultado de mi visita, lo que lisongeó mucho mi amor propio. Todos los dias la daba lecciones, y ella las recibia con el mayor placer. Mis fingidas heridas, que yo supuse haber recibido en el exército, decia que la inspiraban un interes extraordinario; en una palabra, á poco tiempo conocí que me amaba. Leíamos juntos; yo la enseñaba á hacer versos, y aun componia algunos en su alabanza; pero esto sorprehendió al señor Duval, pues me dió á entender algunos recelos. Me pareció que lo mejor seria interesarle á mi favor confiándole el testa-

mento de mi tio y mis intenciones, lo qual podia hacer respecto que por una cláusula me permitia tomar qualquiera resolucion conducente al acierto. Exîgí el secreto del señor Duval, me le prometió, y desde aquel momento tomó sus medidas para proceder de acuerdo conmigo. Al cabo de algun tiempo, quando creimos que el amor habia echado profundas raices en el corazon de la jóven, su tutor la propuso un partido muy ventajoso; pero no le admitió. El tutor se fingió enojado y la dixo que ya conocia que consistia en mí su resistencia;

pero que al instante me despediria de su casa, lo que executó, participándome quanto habia ocurrido. Desde entónces me valí de mil artificios para hablar á Cecilia, y tuve la satisfaccion de que se prestase á mis ideas con la mayor resolucion. Me declaró su amor; y quando ví las cosas en este estado, hice que el tutor terminase el asunto haciendo los últimos esfuerzos para experimentar la fineza de su sobrina. Duval no concedió á su pupila, para su última resolucion, sino ocho dias; y ella viéndose tan apurada le dixo: bien conoceis á Graciano; sa-

beis que es pobre, que tiene figura despreciable, y que sino es á mí, no puede agradar á muger alguna; pero yo, señor, le amo, soy rica, y quiero hacer su felicidad. Disimuló Duval el exceso de su alegría; y continuando su fingido enojo, nunca se mostró mas irritado reprobando tan extravagante enlace, y se salió despues de haber propuesto á Cecilia la alternativa entre un convento ó el esposo que la habia elegido. Dióme Cecilia parte de esta conversacion; me arrojé á sus pies llorando, y suplicándola no me abandonase; ella, con la mayor firmeza me aseguró

que ántes moriria que dexarme; que acudiria á la justicia para librarse de tan tirana violencia; que quando no hubiera otro remedio, viviese seguro de que nadie sino yo seria dueño de su mano; y que sino se determinaba á huir del poder de su tutor, solo la detenia el justísimo respeto de su opinion. Duval que nos estaba escuchando, entró á esta sazon y la dixo: no te aflijas, querida; no es tu tio tan tirano como piensas; únicamente ha querido conocer á fondo tus sentimientos; y pues que ya los sabe, él mismo te dará el esposo que amas, coronando la cons-

tancia mas sin exemplo, y el amor mas desinteresado.

Atónita quedó Cecilia al oir las expresiones de su tutor, quien la manifestó entónces quien era yo, refiriéndola al mismo tiempo los medios que habiamos tomado para exâminar si me amaba únicamente por mis qualidades morales, y acabó esta escena entregándome la mano de Cecilia. Considérese la alegría de esta amable jóven; no puede compararse sino con la mia. Al dia siguiente los tres nos pusimos en camino para venir aquí, donde me veis acompañado de un amigo verdadero,

de una esposa dulcísima, lleno de placer por esto, y tambien porque vosotros, hermanos mios, habeis concluido una peregrinacion, que nunca creí tuviera fin tan dichoso.

Quando Graciano, finalizó su historia, Cecilia abrazó á sus hermanos Ricardo y Huberto, y en el mismo dia su tio Tomas les entregó la herencia que les habia costado tantas penas é inquietudes. Esta inmensa herencia fué desde luego dividida en dos partes; la una, reducida á tres, se le dió á Cecilia, Raymundo y Berville, quien al instante hizo donacion de ella á la desgraciada Be-

lly ; la otra parte fué distribuida á los tres peregrinos , de los quales Graciano fué el mas dichoso , pues se vió dueño de una gran fortuna , y de una muger perfectísima. Así fué cumplido el extraño testamento de Pedro Deviñes ; y así fuéron recompensados el mérito perseguido , la humanidad y el desinteres.

Aquí concluía la historia de los tres peregrinos ; y Palemon , que la habia leido por sí mismo en varias tardes á sus jóvenes , no dexó de añadir mil reflexîones gravísimas acerca de los vicios que infestan la sociedad , y lo peligroso que

es creer de ligero en la probidad de los hombres. Es preciso, decia, que tengamos buenas costumbres; es necesario hacer todo lo posible para ser virtuosos; pero no creamos facilmente que todos son como debemos ser, pues nos engañariamos con mucha freqüencia. Seguramente me admira lo raro del hallazgo de este manuscrito; las tres cintas, encarnada, azul y blanca con que estaba atado, son sin duda emblema de los colores que habian tomado los tres hermanos; pero aunque he hecho las diligencias posibles para descubrir su dueño, enviando gente al sitio en que

le halló Armando, nadie se ha presentado á reclamarle. Sea lo que fuere, su autor desea su impresion, pues le ha acompañado con veinte y cinco luises; cumpliré su deseo, y su obra aumentará el número de las de mi pequeña biblioteca. Retirémonos, que mañana necesitamos madrugar, pues es dia de descanso, y os he de llevar á la granja de los nogales, que dista una legua de aquí. Allí almorzaremos, y me alegraré que conozcais á una muger tan anciana como respetable, que habita junto á la granja, y que debe toda su fortuna á un muchacho mas jóven que Leon: ¿os ad-

mirais? pues es bien cierto. Oireis su historia, que es muy divertida; estoy seguro de que os interesará mucho, y de que todos envidiareis la suerte del tierno Emiliano. Seguramente no se os ofrecerá una vicisitud de lances tan extraordinarios como los que presenta la historia de este niño; mas de nada servirá que veais exemplos de virtud, si no los imprimis en vuestros corazones para imitarlos. De este modo se hacen útiles; y de lo contrario se convertirán contra vosotros, en auténtico testimonio de que os enseñaron el camino seguro y apacible de la virtud, y no qui-

necer, y sus primeras miradas se dirigen al cielo; y si está sereno y despejado, anunciando un dia hermoso, ¡ qué motivo de alegría para sus sencillos corazones! miran la atmósfera, la vuelven á mirar, y saludan á la naturaleza con quanto entusiasmo cabe en su edad.

Esto es lo que sucedió á nuestros amiguitos. Madrugaron mucho, y levantaban sus bellos semblantes como para gozar la frescura del tiempo y la hermosura del sol, que nacia sin el menor celage. Los mas diligentes estimulaban á los mas perezosos. — Vamos, hom-

bre, despacha; nunca acabas; siempre nos haces esperar; esto es lo que recíprocamente se decian. Presentóse en esto su padre, y todos se arrojáron precipitadamente á sus manos y cuello, diciéndole: ¿vamos papá? ¿por qué nos detenemos? quanto ántes, papá, quanto ántes. — Sí, hijos mios, traedme el baston y el sombrero.

Tres de ellos corrieron á un tiempo á traer á Palemon estos efectos útiles para el viage, y de allí á un minuto ya estaban en sus manos. Sonrióse el buen anciano al ver la eficacia de sus hijos; y se puso con ellos en marcha. La

anciana Marcela cerró la puerta de la granja, y toda la caravana corria, brincaba, saltaba las acequias y arroyos con demostraciones de la mas viva alegría. Palemon tenia á su lado á Armando, porque este era el apoyo de su vejez, el mas juicioso de todos, y escuchaba atentamente las sabias razones de su padre, aunque de quando en quando le distraian las travesuras que hacian sus hermanos por el camino.

Era preciso atravesar un bosquecillo de castaños; y Palemon permitió á su tropa que descansàse allí un breve rato. Apénas el

anciano se habia sentado sobre la fresca yerba, quando los muchachos propusieron el jugar á las quatro esquinas; se trató de determinar quien habia de perseguir á los demas; echaron suertes y le tocó á Leon, el qual enmedio de los otros quatro, se valia de quantos artificios le sugeria el discurso para pillar á alguno y ocupar su sitio. Ya se llaman, ya corren, ya tornan, riéndose á todo reir. Por fin Leon pilló á Benito que manifestó algun enfado, y le preguntó: — ¿Me has dado tres golpes en las espaldas? — Sí. — No señor, no han sido mas de dos; y de

lentitud que ántes ; estaban algo cansados , y por consiguiente mas serios ; y hacian á su padre mil preguntas ingenuas , á las quales contestaba con su sencillez y claridad acostumbradas. A todas las respuestas que les daba , exclamaban , ¡ qué cosa tan rara ! ¡ Dios mio ! ¡ quién lo creyera ! ¿ de veras? y otras mil sencilleces que embelesaban al anciano , porque veia su disposicion para instruirse , y su admiracion en quanto á lo que les parecia maravilloso.

Llegáron en fin á la granja , situada en un lugar delicioso y muy proporcionado para no sentir el

fuerte calor del dia. Servíala como de foso un arroyo que deslizándose entre guijas y pizarras, formaba á poca distancia un apacible lago, donde vagaba una multitud de ánades, y otras aves domésticas. Muchos nogales antiguos y apiñados ofrecian á la vista un bosque fresco y sombrío. En una palabra, este delicioso sitio inspiraba aquella religiosa calma, y aquel respetuoso silencio, què solo conocen los amantes de la naturaleza.

Así que entráron en la granja nuestros niños tomáron un frugal desayuno, mucho mas agradable

por el apetito que les habia despertado el exercicio. Cada qual metió un enorme pedazo de pan en una gran tartera de leche, y este saludable alimento renovó sus fuerzas para entregarse á nuevos juegos.

Acabado el desayuno, visitáron toda la granja; y aunque esta especie de habitaciones no era desconocida á los muchachos: Palemon siempre encontraba motivo de mostrarles nuevos objetos, y nunca malograba ocasion para estimularles al amor de las ocupaciones naturales. Sencillos habitadores de los campos, exclamaba el

anciano ; hombres laboriosos que no conoceis mas necesidad, ni mas diversion que el trabajo, ¡quán apreciables sois á mis ojos! A vosotros encarga la tierra el cuidado de fecundarla, cultivarla y recoger sus inmensos tesoros, y en vosotros ha depositado la naturaleza sus secretos. Los vestidos que os cubren son de la estimacion del hombre sensato mas ricos que quantos ostentan en las ciudades un luxo insolente; empapados estan en vuestros sudores; pero á estos debemos nuestra exîstencia, y la de las plantas, y semillas productoras de nuestros alimentos.

Habian registrado la granja los muchachos, y ya en sus ojos se conocia el ansia de preguntar á su padre si les haria prontamente conocer á Emiliano; pero el anciano se anticipó á sus deseos. Ahora, les dixo, venid conmigo á aquella callejuela que se dirige á la aldea cercana; y entraremos en casa de la buena muger, de quien os he hablado. Vuelvo á deciros que es muy anciana y digna de respeto; disfruta regulares conveniencias; y sabreis de ella misma el suceso que ha ocasionado la paz y tranquilidad que goza en sus postreros años.

Siguiéron á su padre los muchachos, y todos seis llegáron en breve á casa de la anciana, que los recibió con la mayor franqueza y cortesía. Felices dias, virtuosa Brígida, la dixo afectuosamente Palemon. — Buenos os los dé Dios, respondió ella. —¿Dónde está vuestro Emiliano? — Ahora está en la ciudad, porque necesitábamos algunas provisiones; y este querido hijo, que bien puedo llamarle así, salió á las cinco, y no volverá hasta la noche. — ¿Pero siempre alegre y contenta con vuestra suerte? — ¿Y cómo podria no estarlo? Emiliano lo es todo para mí, me

sirve de padre, de hijo y de quanto hay mas dulce en la naturaleza; continuamente estudia y previene mis deseos; me ama como si fuese su madre, y desempeña todas las obligaciones del hijo mas sumiso y respetuoso. Pero, tomad asiento, señor Palemon, ¿esta es vuestra amable familia? ¡qué muchachos tan graciosos! y esta niña ¡qué buena y qué modesta parece! acércate, hija mia, dame un abrazo.

Brígida estrechó entre sus brazos á todos los hijos de Palemon; luego fué á buscar unos requesones que habia hecho, y los convi-

dó á un nuevo desayuno, que aceptaron consintiéndolo su padre, el qual ya sabia que en semejante edad, no se cuentan las comidas. Luego que acabáron dixo Palemon á Brígida: he hablado á mis hijos de vuestra historia, y estan tan deseosos de saberla, que me han empeñado para que os ruegue se la conteis; tened esta condescendencia, y con el exemplo de los felices sucesos que han dado fin á vuestras desgracias, manifestadles que el cielo nunca abandona á la virtud, quando se apoya en la beneficencia y el trabajo. — Con mucho gusto, pues yo me complaz-

co en referirla; pero ahora duplica mi placer el confiarla á unos niños tán amables y tan bien educados. Sentaos todos y escuchadme atentamente. ¡Oh! me han sucedido cosas muy singulares; en ellas vereis como un niño de cinco años, enjugó mis continuas lágrimas, y me hizo dichosa.

La familia de Palemon, impaciente por oir unos sucesos que la decian ser tan interesantes, se estrechaba, sin hablar, al rededor de su anciano padre; Brígida estaba sentada un poco mas léjos, y comenzó la relacion de su vida de esta suerte:

No soy, hijos mios, mas que una muger del campo; pero nací de padres honrados que disfrutaban algunas comodidades, pues mi padre era propietario de una antigua casa, y de un dilatado espacio de tierra inmediato á la habitacion. Perdió en la flor de su vida á su esposa y madre mia, y desde entónces se entregó enteramente á mi educación; bañaba este buen padre la tierra con su sudor, y el cielo favorecia sus constantes esfuerzos; todos los años aumentaba su caudal, y de quando en quando compraba algunas fanegas de tierra, dando de este modo bas-

tante extension á su patrimonio. Ya os he dicho que gozaba comodidades, y me lo confirmó el doloroso accidente que me privó de este apoyo; pues me ví señora de una posesion que producia mas de mil y doscientas libras, que en aquel tiempo era mucho.

Habia ido mi padre un dia á trabajar en su heredad, quando á la noche volviendo por un bosquecillo infestado de cazadores, un escopetazo disparado sin la debida direccion le hirió peligrosamente. Nadie podia socorrerle, y quedó tendido en el suelo hasta que á la mañana unos caminantes le halláron

y traxéron á su casa, debilitado por la mucha sangre derramada, y por la intemperie de la cruel noche que habia pasado. Yo habia corrido por mil partes, pero nadie pudo darme noticias de mi padre; en fin me le traxéron moribundo; todos los socorros posibles fuéron infructuosos; le desengañáron de que no podia vivir mas de veinte y quatro horas; y aprovechándose del poco tiempo que le quedaba hizo llamar á Rogerio, su mozo de labor y amigo, y al mismo tiempo me hizo acerçar á su cama. Hija mia, me dixo, hace mucho tiempo que he reparado que

amas á Rogerio (en efecto era así), y que él te corresponde. Quiero y debo uniros ántes que muera; recibid la bendicion de un padre que os manda que os caseis, seais sus herederos, y cultiveis un patrimonio que ha extendido y conservado para vosotros. Pero ántes que tomeis posesion debo deciros un secreto, que nadie le sabe sino yo... acercaos mas porque mi voz se debilita. Vais á ser señores de un campo que he regado con mis sudores, y de una casa que yo mismo he edificado; pero sabed que dentro de este ámbito hay un tesoro que puede haceros felices

para siempre, si sabeis aprovecharos de él... No se debe perder tiempo, es preciso que os descubra este bien que toda mi vida he respetado, y espero que vosotros hareis lo mismo, porque es preciso contar mas sobre el trabajo propio que sobre un bien, cuya posesion podria convertirse en un sacrilegio, y traeros la maldicion del cielo... Sí, la sepultura de los muertos es inviolable, y ¡desgraciado de aquel que huella con sus plantas los desecados huesos de los que le han precedido! ¡tarde ó temprano le castigará Dios! Para volver pues amados hijos al tesoro que....

No pudo mi padre proseguir, le cubrió un sudor frio, su voz se apagó, hizo vanos esfuerzos para hablar, á breve rato se agravó su accidente, le sobrecogió una violenta convulsion, y murió en nuestros brazos. Figuraos nuestro dolor. Olvidamos el tesoro de que nos habia hablado, no pensamos sino en la dolorosa pérdida de un padre adorado, y Rogerio y yo llenamos nuestra triste habitacion de lamentables voces.

Hicímosle los últimos honores, y pensamos en arreglar nuestros asuntos. Rogerio entónces me recordó la voluntad de mi padre, y

la cumplí tanto por gusto como por obligacion: y así Rogerio fué mi esposo y conmigo participó de una herencia que despues aumentó con su trabajo.

Era mi esposo un hombre de la mas escrupulosa probidad, dulce de condicion, amable, sensible, limpio, y propio en fin para hacer mi felicidad; pero tenia un defecto que fué causa de su perdicion y de la mia. Era codicioso, y atormentado de la sed de las riquezas, no se dirigian sus miras sino á acumular bienes; y todo lo habria sacrificado por amontonar el oro que no necesitaba. Algunos

meses despues, arreglando los títulos de nuestras propiedades, se acordó del tesoro de que mi padre le habia hablado sin haberle podido manifestar; empezó á estar sombrío, inquieto y taciturno; me rodeáron mil temores, y le pregunté la causa de su disgusto. El tesoro, me dixo... — Pero, amigo mio, ignoramos el sitio que le oculta, ¿necesitas de él para vivir? ¿no tenemos quanto necesitamos? dexa inútiles proyectos, amado Rogerio, y esperemos del tiempo y de la casualidad que nos proporcionen el hallazgo de ese tesoro. ¿Irás, acaso, á remover toda

la casa, derribar, arrancar, desplantar y destruirlo todo? ¿te privarás de tus cosechas, y destruirás esta habitacion edificada por mi padre, y en que nos hallamos tan bien? Creeme, olvidemos enteramente un tesoro que nos es inútil; nuestras necesidades son limitadas; tenemos lo suficiente para vivir; ¿para qué queremos cuidados é inquietudes? te ruego que no pienses mas en eso, y aun exîjo de ti que no vuelvas á hablarme de semejante materia; y pues la suerte no ha querido que fuesemos mas ricos, gocemos de los beneficios que debemos al cielo, y no procu-

remos aumentar nuestras necesidades, aumentando nuestra fortuna.

Parecióme que Rogerio cedia á mis razones; me prometió olvidar las últimas palabras de mi padre, y volvió á su trabajo aparentando su acostumbrada alegría. Seis años pasáron, durante los quales advertí que mi marido padecia freqüentes distracciones. Tenia proyectos de edificar, y le oia siempre hablar de construir aquí, derribar allá, levantar acullá, &c. Me disgustaban estos designios; pero no pensaba en su verdadero objeto. Llegó en fin el momento en que Rogerio habia de ser víctima de

su codicia, implicándome en su ruina.

Una hermana de mi padre que vivia retirada á treinta leguas de aquí, y de la qual eramos herederos, cayó enferma. Me llamáron á su pueblo á toda prisa, porque preguntaba por mí sin cesar. Abracé á mi marido; le encargué cuidase mucho de la casa, y me puse en camino. Hallé á mi tia mucho mas enferma de lo que me la habian pintado; pero en medio de sus males, tenia muchos ratos de tranquilidad. No se acomodaba mi tia á estar sin mí; el tiempo se pasaba; yo queria volver á mi casa;

pero el temor de afligir á la infeliz enferma, y perder el fruto de mis cuidados, me detenia. Así se pasáron ocho meses hasta la muerte de mi tia; y entretanto sucedia en mi casa lo que voy á referiros.

Apénas me ausenté de Rogerio, quando renació en su corazon el deseo del tesoro. Pensaba seriamente en buscar este fatal objeto de sus ansias, y ocupado en ello abandonó el cuidado y cultura de sus campos; llamó trabajadores, y á la cabeza de ellos, todo lo revolvia, todo lo registraba, y todo lo asolaba, tanto que

ni aun la casa se vió libre de sus locuras, y no dexó en ella techo, tabique ni cimiento que no trastornase. Rogerio, enmedio de un monton de escombros, apartándolos con sus manos, fixos en el suelo los ansiosos ojos, y pálido entre el polvo de su rústica habitacion, palpitando su corazon, árida su lengua con el deseo de que la suerte le deparase el suspirado tesoro, presentaba el espectáculo mas digno de horror y conmiseracion. Su único temor era que yo llegase, y suspendiese la prosecucion de sus inútiles esfuerzos. Por eso se apresuraba para finalizar su obra, y se le veia traba-

jar con sus operarios, á quienes habia confiado su intento; y pasar noches enteras, removiendo las miserables reliquias de su alvergue. ¡Inútiles fatigas! nada se presentaba á sus avarientos ojos. En fin, al cabo de un tiempo demasiado largo para su impaciencia, enmedio de una tempestuosa noche, tomó Rogerio su lámpara, compañera de sus investigaciones, y se resolvió á hacer nuevas tentativas.

En el fondo de nuestra huerta habia una ala de edificio compuesta de cinco estancias, y una antigua torrecilla, que nos servian para encerrar el heno; y todo ello era res-

to de un antiguo castillo, cuyas ruinas se extendian por la parte opuesta. Mi padre le habia comprado de un noble, cuyos mayores habian poseido en otro tiempo el castillo. Allí era donde Rogerio trabajaba con mayor esmero; la torrecilla ya habia sido destruida por sus peones; pero de modo que las salidas quedaban libres. Rogerio con su pala en la mano descendió á lo hondo de los cimientos, sondeó, y su corazon palpitaba de alegría al notar que levantando una losa, se presentaba á sus ojos una sombría caverna; y siendo forzoso baxar á ella, un cordel bien atado á la par-

te de arriba le sirvió de escala. Se descolgó , y al llegar al suelo, quedó atónito viendo delante de sí una especie de sepulcro. Le descubrió con trabajo ; y á la sorpresa sucedió el terror, aumentado con el espantoso ruido de terribles truenos, y el silvido de los embravecidos vientos. ¡ Qué objeto se presentó á los ojos de Rogerio! el cadáver de una muger, cuyas facciones y trages estaban tan recientes como si hubiera sido depositada en aquel sitio el mismo dia. No tenia Rogerio ojos bastantes para considerarla ; sus vestidos estaban texidos de oro y plata ; los diamantes mayores y mas



De qué sirve, ó codicioso,
De infame naturaleza,
Que de acumular riqueza
Vivas siempre cuidadoso?
Infeliz menesteroso
Toda tu vida serás;
Ser rico no lograrás,
Por mas que el oro te sobre,
Porque solamente es pobre
Aquel que desea mas.

finos brillaban en su cuello y sus dedos; toda su ropa estaba sembrada de preciosísimas joyas... pero en sus manos tenia una plancha de plata, sobre la qual estaban grabadas estas palabras, que leyó Rogerio: *El amante que me ha perdido en la flor de mi edad, me ha depositado aquí con todos los regalos que me habia hecho; y miéntras ha respirado, todos los dias ha venido á derramar lágrimas sobre mi pálido semblante, que era en otro tiempo su delicia; él solo sabia mi sepulcro: ¡O tú, qualquiera que seas, si le descubres, respeta mis cenizas, y llora mi des-*

tino, si has conocido el amor!

Apoderóse de Rogerio un religioso horror; ya no dudó ser este el tesoro que le habia hablado mi padre, pues en efecto el cadáver estaba cargado de riquezas. ¿Qué hará? ¿me dará parte de este suceso? ¿Despojará unas frias cenizas, cuyo respeto le intiman? Rogerio estaba demasiado conmovido; volvió á la entrada de la caverna, y llegando al único quarto que se habia reservado enmedio de los escombros, se puso á reflexîonar sobre la conducta que deberá seguir.

Considérese la turbacion de sus sentidos; sí, dixo, este es el tesoro

en qüestion ; bastante lo prueban estas últimas palabras de mi padre: *¡La sepultura de los muertos es inviolable, y desgraciado de aquel que huella con sus plantas los áridos huesos de los que le han precedido!* Este cadáver es sin duda del que hablaba; con que sabria el secreto para llegar al sepulcro, ¿y por dónde seria? ¿es posible que no haya descubierto la secreta salida de esta caverna?

Tales eran las reflexîones de Rogerio; ahora querria no haber trastornado las cosas, ¡infeliz! ¡tú llegabas al centro de la desgracia, é ibas á confundirme en ella contigo!

¿Cómo podré, hijos mios, contaros el lastimoso suceso que se siguió á este descubrimiento de mi marido? ¡ah! ¡quedarán vuestros corazones traspasados de dolor! Pero es tarde, y tengo mucho que hacer; permitid que dexe para otro dia la continuacion de unos sucesos que siempre me alteran y fatigan.

Calló Brígida; y Palemon, que sentia ménos que sus hijos esta interrupcion, suplicó á la anciana fuese á pasar la tarde á su granja; no pudo acceder por las muchas ocupaciones que entónces tenia, y se difirió esta visita hasta la siguiente tarde, con la expresa condicion de

que la anciana llevaria consigo á su hijo adoptivo Emiliano. Consintió en ello Brígida, y Palemon se despidió de ella con gran sentimiento de sus jóvenes, que durante el camino no habláron sino del disgusto que experimentaban por no haberse continuado una historia, que sin duda estaba conexâ con la de Emiliano.

Así que llegó á su casa la familia de Palemon, que con el exercicio habia adquirido nuevo apetito, comió alegremente, y la tarde, como que era dia de descanso, se empleó en juegos que acabáron con algunas reflexîones del padre acer-

ca de la codicia y ambicion, y los males á que conducen tan funestas pasiones. Despues se retiraron pensando en la tarde del siguiente dia, en la qual debian saber lo restante de la aventura del cadáver, y conocer al jóven Emiliano.

TARDE XV.

LA LIMOSNA.

Continuacion de la historia del jóven Emiliano.

¡Qué dulce y pronta es la simpatía con que recíprocamente se miran los niños! Ellos se buscan sin cesar, y á la primera vista ya se prometen una amistad eterna. Nunca tienen entre sí aquellos defectos que luego despliegan en la sociedad quando ya son grandes; no se critican ni murmuran, y sus

burlas y sentimientos son momentáneos. Si tienen algunas disensiones, y aun si riñen á brazo partido, el juego los reune, y no conservan resentimientos. Nada iguala á su confianza y sinceridad; de su alma sensible salen las confesiones mas puras; dos niños entre sí se franquean sus muñecos y juguetes; se cuentan quanto sucede en su casa, lo que hace su papá, su mamá, sus costumbres, sus placeres y tambien sus penas. Si un muchacho entra en una concurrencia, primero que en las personas mayores repara en los niños, si los hay, al punto va á buscarlos, y luego se

les ve juntos en un rincon hablar y jugar con la mayor familiaridad, se tutean, y parece que ha mucho tiempo que se conocen. ¡Niños, niños! vosotros sois los modelos de la franqueza, de la bondad y del candor: ¡ay! ¿por qué es forzoso que llegueis á ser hombres?

Los hijos de Palemon, y el vivo deseo que tenian de ver á Emiliano, me han sugerido estas reflexîones. Se les ha dicho que un niño habia hecho grandes beneficios á una pobre muger; y este niño interesa mas su curiosidad que un hombre que hubiese hecho igua-

les acciones ; no pueden resistir su impaciencia, y quando el muchacho se presente, no tendrán ojos bastantes para mirarle, ¡efecto tierno de una simpatía muy natural en su edad!

Llegó en fin la deseada tarde, y no hay que preguntar si los hijos de Palemon acudiéron temprano al terrazo, y si miraron mucho hácia la puerta, por la qual á breve rato entraron Marcela, y la buena Brígida apoyada sobre los hombros de un jóven de quince á diez y seis años, que sin duda era Emiliano. Quedáron atónitos nuestros amiguitos, pues esperaban ver un

muchacho mas jóven que ellos, y veian un mozo bastante grande, y casi enteramente formado; pero no reflexîonaban que se les habia hablado de un suceso de muchos años ántes.

Brígida presentó á su hijo adoptivo, todos le abrazaron; y luego continuó ella su relacion en esta forma.

Rogerio pasó la noche entera, herido de la idea del cadáver, y del tesoro que habia encontrado. A la mañana, vinieron los peones de su confianza; y le halláron en una suma agitacion; pero no pudiendo sacarle una palabra, se re-

tiraron. Varios dias se pasáron sin que Rogerio pudiese superar la turbacion á que estaba entregado; combatido á un mismo tiempo del deseo que tenia de despojar el cadáver, y del terror que le inspiraba este mismo deseo, enfermó de allí á poco.

Entretanto corrió la voz de que pasaban cosas extraordinarias en casa de Rogerio; no era este solo el dueño del secreto; uno de sus confidentes lo divulgó todo; la justicia tomó la mano en este asunto, y á fuerza de diligencias llegó á descubrir el sepulcro. El noble que habia vendido esta parte de edificio, hombre tan codicioso como Roge-

rio, supo que en aquel sitio se habian hallado inmensas riquezas, y se presentó á hacer valer sus derechos. Rogerio, algo restablecido, sostuvo que el tesoro pertenecia á quien le habia hallado; pero el noble ganó el pleyto; y Rogerio confundido, desesperado, y temiendo mi resentimiento, se expatrió, llevándose los pocos efectos de valor que nos quedaban, y sin dexar mas que algunas paredes de nuestra habitacion medio destruidas.

Ignoraba yo todos estos sucesos, al paso que experimentaba otros que me arruináron enteramente. Murió mi tia; pero unos

parientes mal intencionados la habian robado casi todo ántes que yo llegase á su casa: en términos que despues de su muerte, no hallé sino deudas, y nada con que pagarlas. Sin embargo, me consolaba pensando volver á la compañía de mi marido, á cuya sombra pasaria mis dias. Llegué á mi casa; pero considerad qual seria mi dolor al hallarme sola, sin casa, sin muebles, y despojada de mis heredades, pues los trabajadores las habian hecho vender con autoridad de la justicia, para ser pagados de sus jornales. En fin, supe las desgracias de aquel hombre tan excesiva-

mente codicioso, y su fuga, que fué el colmo de mi dolor, pues me habia dexado sin el menor recurso.

Me propuse aplicarme al trabajo para mantenerme; pero el disgusto arruinó mi salud, y me hallé sobrecogida de una enfermedad aguda, que me precisó á ir á un hospital. A esta enfermedad se siguió una especie de paralísis, de la qual todavía me resiento algunas veces; y así pasé treinta años, rodeada de las angustias de un mal que se juzgaba incurable, de hospital en hospital, entregada á la compasion de los que en ellos se dedican al socorro de la humani-



dad. En fin mis males se aliviáron quando ya tenia cincuenta años, ¿qué partido podia tomar en tal edad? me resolví á mendigar; y sentada á la orilla de un camino, buscaba mi manutencion en los corazones caritativos.

Un dia que yo pasaba por mi perdida patria (porque rara vez me detenia en unos mismos lugares) me ocurrió volver á mirar las ruinas de la casa en que habia nacido, recibido la mejor educacion, y donde habia muerto mi padre, y con él toda mi felicidad. Cerraba la noche, y la luna esclarecia este sitio abandonado. Me acerqué á

las ruinas; me senté sobre una piedra, y á impulso de las reflexîones que me inspiraban mis fatigas, exclamé ¡ yo he perdido, sí, yo he perdido este asilo de mi infancia! La casa construida por el padre mas tierno y amoroso se ha convertido en alvergue de nocturnas y solitarias aves! ¡ Dios de bondad! ¡ en qué abismo de males me ha sumergido la codicia del hombre que me destinaste para compañero!

En tanto que yo exclamaba de esta suerte, un niño como de cinco años, muy bien vestido, corriendo á no poder mas, y derramando lágrimas amargas, pasó por

el camino, se detuvo á mis dolorosas voces, y me dixo sollozando: señora ¿habeis visto á mamá? — ¿Tu mamá, querido? pues qué ¿la has perdido? — Sí, sí; la he perdido! ¡no puede ménos, porque no la hallo en este camino! — ¿Es posible? llégate, querido; no tengas miedo; escúchame: — Eso no; yo no os conozco; y no pienso sino en mi mamá. — ¡Receclas de mí! ¡ah! si me conocieses! yo soy una pobre muger; en otro tiempo tuve aquí mi casa, y ahora pido limosna para vivir. — ¿Limosna? ¡pobre muger! ¡quánto me alegro de tener

dinero! tomad, tomad, esto es mio; no es de mamá, pues me ha dicho que hiciese lo que quisiera... pero vamos, tomad. Diciendo así, el niño me puso en la mano algunas monedas. Dudaba yo si deberia tomarlas, y admiraba al mismo tiempo el buen corazon de esta criatura, que por socorrer la indigencia, olvidaba que se habia extraviado. Amigo, le dixe, acepto tu regalo, y me alegraria de poderte ser útil; ¡quán dulce me seria el llevarte á tu madre, que estará llena de inquietud! ¿cómo te llamas? — Emiliano. — ¿Emiliano? ¡pobre muchacho! ¿y tu madre? — Ma-

dama le Clerc. — ¿Tienes padre? — Dicen que sí; pero nunca le he visto. — ¿Con que tu madre te ha educado? — Sí; ella sola con mi aya. — ¿Y en dónde vives? — En una ciudad grande.... nunca me acuerdo de su nombre. — Pero ¿dónde vas, de dónde vienes, y cómo has perdido á tu mamá? — Esta mañana me tomó en brazos llorando, y me dixo así: Emilianito mio, nosotros vamos á buscar á tu padre para vivir siempre con él; ven conmigo, tú le abrazarás, y le harás muchas caricias, porque ha padecido mucho por ti, y yo tambien. — ¿Y luego? — Luego, ma-

má y la aya hicieron unos paquetes que pusieron en un coche grande, en el qual nos hemos metido. Yo estaba muy contento, porque decian que ibamos muy léjos, mucho, y en coche, en el qual solo estabamos los tres; mamá lloraba mucho; pero yo no estaba tan triste, y hablaba con mi aya. Empezaba á obscurecer quando dos ó tres hombres muy grandes detuvieron nuestro coche; iba á preguntar si era mi papá; pero dos de estos pícaros me arrebataron de los brazos de mamá, á pesar de sus gritos y los de mi aya. Me parece que otro ha entrado en el coche, en el

qual ha echado andar sin mí. Yo gritaba y lloraba mucho; los dos pícaros que me tenian eran á mi parecer criados, porque tenian franjas por todo el vestido, y me causaban un miedo terrible. De repente oyeron que venian dos caballos, me tiraron á un barranco, y se huyeron como si fueran ladrones. Muy bien he oido pasar los caballos por delante de donde yo estaba, porque iban corriendo, corriendo á mas no poder, y acaso iban tras de los pícaros que nos habian acometido; yo no podia seguirlos, pero aunque tan pequeñito, dixe para mí: si alcanzan el coche de

mamá, es regular que la hagan volver por aquí. Seguiré pues el camino hasta hallar el coche, ó á alguno de estos que van corriendo á caballo, y acaso me llevará adonde esté mamá; por eso eché á correr con todas mis fuerzas. Pero estoy muy cansado; no puedo mas, y sin remedio he perdido á mamá. ¡Dios mio! ¡qué es lo que será de mí!

La relacion sencilla de Emiliano me dexó sumamente enternecida; le abracé y procuré consolarle lo mejor que pude. La noche iba entrando; era preciso tomar alguna resolucion; y no podia de-

xar al niño solo enmedio de los campos; pero ¿qué podia hacer? me determiné á pasar con él la noche en alguna parte. Querido, le dixe, tú te has extraviado, y ahora es imposible hallar á tu mamá; ven conmigo, y mañana haré quanto sea posible para dulcificar tu cruel situacion, ¿no quieres venir conmigo, hijo mio? — Señora.... sí por cierto... ¡Dios mio! ¡mamá! ¡mamá! el muchacho no se atrevia á decirme que mas queria á su mamá, y esto era muy natural. Le tomé de la mano, y le llevé al primer pueblo, donde le hice cenar y acostarse, lo mejor que

pude. Sin duda que extrañarian las gentes ver á una muger anciana y mendiga, con un niño, hermoso como un ángel, y vestido con el mayor primor. Sea lo que fuere, el muchacho durmió poco, pues le oí suspirar y sollozar; yo dormí ménos, y me estuve haciendo mil reflexîones, ¿iria á presencia de un magistrado, y le contaria el suceso de Emiliano? pero tal vez exponia á esta amable criatura á pasar su juventud en uno de estos asilos destinados á las víctimas del crímen ó de la miseria. Lo que pudo decirme relativo á su madre, me hacia sospechar que era hijo de un

amor perseguido. ¿ Qué esperanza habia de hallar en mucho tiempo una madre, que tal vez, en aquel momento lloraba amargamente la pérdida de su hijo? me interesaba mucho por esta inocente criatura, pero no tenia recursos para ampararla, ¿ qué debia hacer, Dios mio, que debia hacer en tan dura situacion?

Sobrecogióme el dia en estas dolorosas reflexîones. Ya se habia levantado Emiliano, y procuraba vestirse por sí mismo; acudí á ayudarle, y primero le abracé tiernamente. Al tomar su casaca, advertí que pesaba mucho, observacion que no

habia hecho la noche antecedente, y le dixe, ¿qué es lo que tienes en los bolsillos, querido? Mirad, me respondió con franqueza, y al mismo tiempo con cierto ayre de misterio, me parece que sois una buena muger; yo no se lo diria á otro porque podria ser un ladron; pero cuidado que nadie lo sepa. Los dos somos ricos, y aunque no encontremos nunca á mamá, tenemos con que andar en coche. — Pero, hijo mio, ¿cómo puede ser eso?— Ahora os lo diré con condicion de que lo tomareis todo, y gastareis por mí, porque yo soy muy pequeño para....—Está bien, explícate; yo

te lo suplico. —Ayer mañana quando entré en el coche con mamá, me dixo: toma, amor mio; vé aquí el precio de los males que ha padecido tu padre; por esta miserable herencia no se ha atrevido á confesar tu nacimiento; yo la deposito en tus manos, para que tú seas quien se la ofrezca; abre el bolsillo, y cuidado que no toques á esta cartera hasta que hayamos llegado; toma tambien este retrato mio; todo se lo darás á tu padre, diciéndole: papá, á la naturaleza corresponde ofreceros la imágen de la ternura; y los dones de la fortuna que tanto os ha perseguido. Mamá

me hizo repetir muchas veces estas palabras para que las aprendiese bien, y ya veis que no se me han olvidado, ¡qué lástima que no pueda decírselas á papá!

Diciendo esto Emiliano, me enseñó una cartera que contenia quarenta mil francos en buenos villetes. Ví tambien el retrato de su madre, que me pareció jóven y hermosísima; tambien habia un paquete de cartas amorosas, que significaban muy poco; pero de ellas pude inferir que los padres de Emiliano, perseguidos por un tio avariento se habian casado en secreto. Por mi desgraeia, mejor

diré, por la de Emiliano, estas cartas no estaban firmadas, y sus razones eran tan generales, que ni aun pude descubrir la profesion ó empleo de los padres del niño; y en una palabra: todo era para mí un profundo misterio. El muchacho poseía quarenta mil francos, y me penetraba el corazon quando con la mayor franqueza y confianza me decia: tomad, tomad esto para que podais ir al mercado; y si papá me los pide algun dia, yo le diré que vos me habeis socorrido y alimentado, y quedará contento.

El muchacho al mismo tiempo

me daba mil abrazos ; tomé el dinero y las cartas ; pero no quiso desprehenderse del retrato , por mas que le hice presente que podia romperle. Quando ví en mi poder esta cantidad , pensé en como podria emplearla , y en la cuenta que acaso tendria que dar de ella algun dia. Indecisa sobre la conducta que debia observar, por lo delicado de la materia , tomé por fin el partido de ir á tratar este punto con un hombre muy caritativo que vivia en esta comarca , el qual , aunque bastante necesitado , me habia favorecido varias veces. Tomé pues de

la mano á mi pupilo, y le llevé á casa del señor Laurant, que ocupaba una estrecha habitacion cerca de aquí, y era el asilo de todas las virtudes. Sorprehendióle mucho el caso; su primer pensamiento fué depositar el muchacho y el dinero en poder de algun hombre público; pero temió la codicia, y que el niño, despojado de quanto le pertenecia, parase en algun hospicio. Tomó pues otro partido mas prudente este hombre sensato, y nos dixo: permaneced en mi casa todo el tiempo neeesario para las diligencias que debemos hacer á fin de descu-

brir los padres de este niño ; si nada adelantaremos , entónces veremos lo que ha de hacerse.

Consentí en esta idea ; porque me pareció justa ; y Laurant , tomando las precauciones convenientes para que no se descubriese el secreto , hizo todas las diligencias debidas en semejante caso , ya por los papeles públicos , y ya por otros medios extraordinarios. Tres meses pasáron sin que nada se averiguase , por lo qual Laurant me decidió á un acto que concordase la fortuna y la probidad. Hizo venir á su casa un notario, ante el qual compré la casa en que

ayer me visteis, con unas tierras muy fructiferas dependientes de ella; pero la escritura se hizo en nombre de Emiliano, que pasó por sobrino mio; y por este medio, despues de mi muerte, se hallará dueño de estas posesiones, las quales, con sus mejoras y el niño, hubiera yo entregado á sus padres si los hubiese descubierto.

Ya veis, hijos mios, que yo procedia segun las reglas de la mas exácta probidad; por lo menos yo lo creí así; y desde este punto quedó tranquilizada mi conciencia. Eduqué á mi Emiliano, quien desde luego me miró como madre,

aunque siempre conserva la memoria de la que le dió el sér, juntamente con el retrato que besa continuamente, lo que es muy bien hecho; y yo no soy capaz de oponerme á los sentimientos de su amor filial.

Así he vivido disfrutando unas conveniencias regulares con mi amado Emiliano, á cuya educacion he atendìdo con todo el esmero posible. Presente le teneis; á él le debo el fin de mis desgracias, el retorno de mi fortuna, y el descanso de mi vejez; mis propios hijos no serian mas respetuosos, dóciles y tiernos. Ignoro si sus

padres le han hecho buscar ; pero hace diez años que nada he sabido de ellos. Emiliano es huérfano... pero no, no lo es, teniendo como tiene en mí una madre que le ama, le adora, y á quien él corresponde con la mayor fineza. Abrazadle, hijos mios, y miradle como modelo de los buenos corazones.

Así acabó la anciana Brígida su relacion, estrechando en sus brazos á su hijo adoptivo, del qual luego se apoderáron los hijos de Palemon. Emiliano era dulce y muy sensible, se enterneció en los brazos de sus amigos, y esta tierna escena arrancó lágrimas dulcísi-

mas al virtuoso padre de familias. Todos quisieron ver el retrato de la madre de Emiliano ; pasó por manos de todos ; el hijo al recobrarle le aplicó á su corazon y le dió mil besos. ¡Quánto deseaban los hijos de Palemon saber los sucesos de los padres de Emiliano ! tal vez competia su deseo con el de la misma Brígida y su hijo adoptivo ; pero paciencia niños. Acaso veremos en breve á este Emiliano que tanto amais entrar en el seno de su familia, que le llora hace tanto tiempo; acaso tambien.. pero no anticipemos noticias que inquieten mas

á nuestros niños ; es forzoso que el tiempo traiga consigo los sucesos, y desarrolle á nuestros ojos la carta de las vicisitudes humanas ; y entónces seguiré fielmente el hilo de una aventura que ha debido interesar á mis lectores, si son amigos de la virtud y la niñez, y si saben compadecer las desgracias.

Muy bien se habia empleado esta tarde. Brigida y Emiliano fuéron servidos por los hijos de Palemon con varias frutas, leche y otros rústicos regalos ; luego se retiráron prometiendo volver algunas veces á la hora destinada á la ins-

truccion. Luego que se ausentáron, se habló largo tiempo de la admirable historia acabada de referir; y el anciano tomó de ella motivo para sentar una moral excelente sobre la satisfaccion que produce el dar limosna, y sobre la probidad de la buena anciana que no habia querido apropiarse unos bienes que la fortuna la ofrecia, y la debilidad de la infancia no la hubiera podido disputar. La moral dulce, sin amargura ni sequedad es como un bálsamo salutífero que refresca las raices del sentimiento y el espíritu: así como con una abundosa lluvia, que el cielo envia en

lo mas riguroso del abrasado estío reanima los campos casi del todo mústios y agostados, purifica la atmósfera, templa los ardientes soplos del viento, y parece que es una regeneracion de toda la naturaleza. Nuestros muchachos lo experimentáron; se acostáron muy alegres, y durmiéron profundamente hasta la mañana

TARDE XVI.

LA ENVIDIA.

Historia del carbonero.

Los hijos de Palemon se amaban tiernamente, y seguian en esto las lecciones y deseos de su padre. Este hacia ya algun tiempo que andaba receloso de que su hija Adela se iba haciendo obstinada y caprichuda, queria dominar á sus hermanos, los quales, segun ella, le debian respeto por razon de su sexô; sin cesar estaba disputando con Benito, el qual era, segun vulgarmente se

dice, tacaño, solapado, maligno complaciendose en oponerse á los demas, y particularmente á Adela, la qual se encolerizaba, gritaba y al cabo echaba á llorar. Una mañana que Adela, estaba en la huerta dibuxando una vista, Benito se llegó á ella, y la dixo. ¿Por qué dibuxas esa colina? yo la habia empezado, ó por mejor decir, casi la tenia concluida para presentársela mañana á padre; si tú haces lo mismo mi obra no será estimada, y habré perdido tiempo y trabajo. — ¿Y yo qué culpa tengo? por ventura ¿me has dicho qe trabajabas en lo mismo que yo?—

Sí ; te lo he dicho ; y aun quando no te lo dixera , debias suponerlo habiéndome visto tantas veces en este sitio , ¡ buena cosa es !... me falta muy poco para hacerte pedazos el dibuxo. — Atrévete á ello. — ¿Quieres verlo ? pûes mira, mira. . . . .

Encendido de cólera Benito se apoderó del dibuxo , y le hizo mil pedazos. A los gritos de Adela, que le trataba de bárbaro , atrevido envidioso , &c. Benito , agravando su delito , levanró la mano para darla ; ella huyó , se cerró en su quarto llorando, y protestaudo que no se presentaria á su padre, ni aun

á la tarde, á ménos que no se la diese satisfaccion de la injuria recibida. Benito se burlaba de ella, diciéndola que él sabria justificarse. En esto estaban las cosas, y Palemon, que todo lo supo con individualidad, gemia interiormente por la obstinacion de su hija y la brutalidad de Benito, cuyas pasiones nacientes anunciaban un carácter duro é intratable. El buen padre se paseaba muy despacio por su huerta, reflexîonando con dolor acerca de las fatigas que causa la educacion de los hijos. Este Benito, decia para sí, me ha de dar muchos pesares, sino acudo

prontamente al remedio; es atropellado, colérico, envidioso, y ademas de eso, nada hace bien como lo hacen sus hermanos. Necesita, pues, un terrible castigo, y desde hoy mismo se le he de imponer sin compasion ni debilidad, y sin atender á los ruegos y lágrimas de sus hermanos que tienen mejor corazon.

Despues de haber reflexionado así, formó un proyecto raro pero excelente para corregir á este muchacho, que siempre le estaba dando que sentir. De nada se dió por entendido; y, segun lo acostumbraba, puso buen semblante á todos, y aun al mismo Benito. Despues de

comer convidó á sus hijos á dar un paseo en su compañía por el bosque cercano. Nunca, les dixo, habeis visto hacer carbon; y es preciso que lo veais; quiero que conozcais todas las producciones de la industria de los hombres, á fin de que sepais apreciar el valor de las cosas, y el trabajo de los que os las procuran. Los muchachos quedaron encantados de esta proposicion; hasta Benito, que era bastante perezoso, saltaba de alegría, porque lograba estas horas de descanso en sus ocupaciones. Toda la familia estaba dispuesta á partir, ménos Adela. Preguntó por ella Pale-

mon * , y Benito le dixo que estaba indispuesta y encerrada en su quarto. Fué Marcela á llamarla , y Adela respondió sollozando que la dolia la cabeza, y no tenia gana de salir. Fué el padre personalmente á buscarla, y para excusar una delacion que no queria oir , pues lo sabia todo , la dixo , ¿ estás enferma, hija mia ? — Sí señor , y mucho. — Vaya , ven conmigo á tomar el ayre , y esto te aprovechará. — Pero, señor , Benito... — Benito vendrá con nosotros y muy contento. — Si

* Se extraña que siendo este paseo despues de comer no haya preguntado ántes Palemon por Adela.

supieseis... — Vamos, ven... — Lo que me ha hecho...— Señorita, yo la mando, que no me replique, y baxe al instante. — Pero, señor... — ¿Cómo? ¿no he dicho que no gusto de réplicas?

Siguió á su padre Adela, la qual por el camino puso especial cuidado en no arrimarse á Benito; este fingió que no lo advertia, y se entregó á su acostumbrada alegría. Despues de una media hora de paseo llegaron al bosque, entraron en su espesura, y luego advirtieron el humo de una carbonera. Dirigió á ella sus pasos Palemon; y un hombre todo negro salió de una espe-

cie de cabaña construida baxo los árboles, se presentó á los muchachos, y les explicó el modo de hacer carbon, las precauciones que se deben tomar, y las fatigas que cuesta este trabajo á los que velan sobre él noche y dia. Maravillados los muchachos, mostraban en su silencio lo mucho que les interesaba esta explicacion. Quando concluyó el carbonero, Palemon le obligó á sentarse á su lado, y le dixo: ¡ Bien duro es el trabajo en que os empleais! — ¡ Ah, señor, no me hableis de eso! me es preciso seguir la voluntad del cielo, que sin embargo no me habia destinado á se-

mejante ocupacion. — ¿No? ¿pues quién ha podido precisaros?... — La desgracia y mi culpa. — ¿Vuestra culpa? — Sin duda; ¡ sino hubiera abrigado en mi pecho el ódio y la envidia!... ¡ qué imprudencia la mia! ahora disfrutaria todos los regalos de la fortuna. — ¿Os serviríais de referirnos vuestra historia? — Con mucho gusto: pues aunque no me hace honor, tal vez podrá servir de leccion á estos amables niños para que no se malogren las bellas disposiciones que anuncian.

Los hijos de Palemon se estrechaban; sus semblantes indicaban su

curiosidad; observaban el mayor silencio, y el carbonero dió principio á su historia en estos términos.

Soy hijo de un comerciante de París; tenia un hermano y una hermana de tierna edad, quando nos faltó nuestra madre. Quedó mi padre solo á la cabeza de su familia; era virtuoso, pero tenia mucha credulidad, y poca firmeza. Adoraba en mí, con exclusion de mis hermanos; yo era su ídolo y su oráculo; quanto yo decia era bien dicho; y quanto hacia bien hecho; los otros sufrian reprehensiones continuas, y la preferencia con que me distinguia mi padre, lisongeaba tan-

to mi vanidad, que los maltrataba sin cesar, y les hacia de este modo insufrible su situacion.

Desde los mas tiernos años, mi carácter dominante y envidioso habia sabido hacer á mis hermanos odiosos á nuestro padre, valiéndome para ello de continuas delaciones, ya verdaderas, ya falsas ó figuradas. Todo quanto malo se hacia recaia sobre ellos; y, gracias á mis informes, aparecian desaplicados, quimeristas, golosos, y, en una palabra, ellos tenian todos los defectos, y yo todas las virtudes. Daba mi padre crédito á quanto yo le decia; y por lo mismo re-

solvió que yo quedára en su compañía, y puso á mis hermanos á pupilage. Vime enteramente dueño de la casa, y me valí tanto de mi ascendiente, que logré que mi padre no fuese á ver á mis hermanos, ni les enviase sino lo muy preciso. En estas circunstancias murió de viruelas mi hermano, lo que no me fué sensible, pues tenia un obstáculo ménos contra mi dominacion, y los proyectos que maquinaba: pues aunque solo tenia diez y ocho años, y la disipacion y las pasiones dominaban mis sentidos, no por eso dexaba de atender á lo venidero, y

decia para mí: mi padre es rico, su hacienda le produce cosa de diez mil libras de renta, y otros dos tantos su comercio. Somos dos hijos; si partimos este caudal, ni uno ni otro seremos muy ricos, ¡si yo no tuviese que partir con otro! ¡si pudiera desgraciar á mi hermana con mi padre, de modo que éste la desheredase, ó que ella huyese de casa para siempre, poseeria yo entónces una gran fortuna!

Estas vilísimas ideas se hiciéron tanto lugar en mi corazon, que desde este punto dirigí todas mis baterías para arruinar á una

hermana á quien detestaba ; y ahora vereis como lo dispuse , y el fruto que saqué. Fué mi intencion hacerla caer en un funesto lazo ; y para no fiarme de nadie , yo mismo me hice el héroe de esta aventura. Estaba mi hermana en una severísima casa de educacion , cercana al jardin de las plantas ; y por medio de un mozo de recado , á quien pagué muy bien , hice entregarla el villete siguiente.

Amable Cecilia me constan vuestros disgustos y triste situacion ; á mas , he tenido la dicha de veros, y vuestras gracias se han apoderado enteramente de mi corazon;

soy jóven bien nacido y rico, y deseariа saber si admitiriais sin repugnancia el rendimiento de vuestro tierno amante

Valvil.

Tenia Cecilia diez y seis años; leyó el villete, al principio con sorpresa, despues con cuidado, y al fin con emocion. El abandono de un padre, el ódio de un hermano, cuyas persecuciones no ignoraba, todo habia sumergido su alma en una tristeza profunda. Presentábase un hombre que compadecìa sus males, y se interesaba en su suerte; considerábase amada de un jóven noble y rico; ¿qué muger en su estado

resistirá los asaltos de su imaginacion? Leyó cien veces el villete, y no pudo ménos de suspirar por una situacion venturosa.

Quando creí que su imaginacion se hallaria ya bastante exâltada, aventuré otro villete, pidiendo respuesta; no la tuve, y lo admiré infinito; pero á la tercera carta tuve la felicidad de que me contestase estas pocas palabras: *Señor, haceos conocer, y entónces se os dirá si podeis esperar.* No se puede figurar mi alegría. Al instante forjé una novela, y en breve supo mi víctima, que este *Valvil* que la amaba era hijo de un hombre riquísimo y muy

noble, decidido á no dar á su hijo por esposa sino una muger de la primera distincion. No olvidé las imprecaciones contra la injusticia de la suerte, y contra el irresistible amor que me rindió á Cecilia, la vez primera que la ví paseando con sus compañeras en el jardin de las plantas. En fin, la hice creer que moriria sino consiguiese de ella que me proporcionase hablarla por la noche en la calle de Sena, por la ventana del quarto de una de sus compañeras cuya confianza podia ella ganar.

Nada era comparable á la turbacion de Cecilia al leer esta carta. Me respondió que lo que la pedia

era un empeño muy aventurado; que no cometeria jamas semejante imprudencia ; y que una vez que no podia esperar que yo la pidiese á su padre, me suplicaba que no prosiguiese en importunarla.

No me desanimó esta severa respuesta : pues aunque yo era tan jóven, ya conocia el corazon de las mugeres. Una sociedad corrompida, juntamente con la lectura de malos libros novelistas, me habia dado toda la experiencia de un libertino de quarenta años ; y así proseguí constante mi empresa , enviando cartas sobre cartas.

Me preguntareis ¿ cómo Cecilia

no conocia la letra? pero en primer lugar yo la desfiguraba; ademas, mi hermana habia salido muy niña de casa, en la qual apénas estabamos juntos un quarto de hora; y por fin ¿cómo la infeliz podia recelar de mi parte un proyecto tan horrible? Era Cecilia el mismo candor, y nunca habria reparado en la similitud de letras; se creia sinceramente amada, y aun sin conocerle, correspondia ya al que la ofrecia su corazon. ¡Infeliz! ¿podias ser engañada con mayor crueldad?

Seis meses de paciencia me costó el conseguir que me hablara; al-

cabo de ellos lo alcancé, y desde entónces dí por logrados mis pensamientos. Una de sus compañeras, sensible á sus desgracias y á la suerte que se la presentaba, la franqueó su quarto, al qual se trasladó á punto de media noche. Yo habia hecho vestir perfectamente á mi criado, que era un jóven muy fino, y de gran talento; y le habia enseñado el papel que debia representar, porque, poco mas ó menos, bien conocia lo que puede decir una jóven en semejante ocasion. Mi criado pues, fué el que representó el papel de Valvil amante y desesperado; yo estaba poco distante oculto detras

de un ángulo que hacía la pared, y oí toda la couversacion. Cecilia le hizo mil preguntas, y despues de confesar que correspondia á su afecto, le preguntó quál seria el término de una pasion, que abjuraba sino habia de coronarse con indisolubles lazos. Contestóla mi criado que el casarse era facilísimo; que tenia una tia que le adoraba, y estaba noticiosa de su pasion; que esta tia la esperaba impaciente; que en su casa se casarian de secreto; que la misma compondria despues el asunto con el padre de *Valvil*, que era muy bondoso; y que en fin, aun quando lo llevase á mal, tenia *la*

tia sobradísimos bienes para recompensar á sus sobrinos, lo que por esta parte perdiesen.

Todas estas proposiciones deslumbraban á Cecilia; pidió sin embargo tiempo para reflexîonar; pero Valvil la estrechaba; no queria dilaciones; se moria de amor; y se daria de puñaladas á su vista si quanto ántes no conseguia el objeto de su ternura. Asustada Cecilia, prometió decidirse dentro de ocho dias; y amo y criado nos retiramos muy satisfechos de nuestra empresa.

Al instante levanté otras baterías para apoyo de las anteriores.

A la mañana siguiente, recibió mi padre una carta supuesta de uno de los maestros de la casa de educacion en que estaba mi hermana, informándole de que ésta tenia mil defectos, que era muy ociosa, que se presumia andaba un poco distraida, &c. &c. Mi padre me comunicó este texido de calumnias, y habiendole determinado á que al punto escribiese á su hija, yo mismo le dicté las expresiones. ¡Cómo quedó Cecilia al leer esta terrible carta de su padre! queria éste abandonarla; nunca habia de establecerla; estaba dispuesto á maldecirla esto y otros mil horrores contenia

la carta. La desgraciada reconocía los efectos del ódio de su hermano, ¿qué deberia hacer? si escribia serian interceptadas quantas cartas enviase. ¿Seguiria al jóven Valvil que la ofrecia un destino venturoso? ¡En qué cahos de ideas y confusiones se hallaba sumergida!

Dos dias despues, recibió una carta de Valvil, y otra de la tia de este jóven, concebida en estos terminos.

He sabido vuestras desgracias, amada sobrina (permitidme este nombre), no ignoro que Valvil os ama, y yo lo apruebo, porque todos los informes que he tomado son

otros tantos elogios vuestros. Estad dispuesta el lúnes á la media noche: baxareis por la ventana de vuestra amiga, para lo qual se os facilitarán los medios; si ésta quiere acompañaros, yo soy bastante rica para mantener á entrambas; yo misma os recibiré en mis brazos, y un coche nos trasladará brevemente á mi castillo, donde el himeneo espera al amor: ¡qué consuelo será este para mis cansados años! ¡y qué dulzura será para vos vivir en el seno de una tia, y en el del padre de vuestro esposo! porque conozco muy bien á mi hermano, y tengo sobre él bastante imperio pa-

ra obligarle, despues de vuestro casamiento, á quanto sea del agrado de vuestra tierna y amante tia

Ursula de Valvil.

Sin duda que toda esta intriga carecia del fundamento necesario para contrastar la prudencia de una muger que tuviera mas instruccion y experiencia que Cecilia; pero en diez y seis años, sin conocimiento del mundo y de sus seducciones ¿era extraño que cayese en el lazo? No conoció Cecilia las inverisimilitudes de esta carta; y solo se en-

tregó á la alegría que la inspiraba la seguridad de que su amante no la habia engañado, pues su respetable tia aprobaba su eleccion, y aun se prestaba á echar el último sello á su felicidad. La pobre Cecilia consultó á su amiga, que era huérfana y sin experiencia de mundo; consintió en acompañarla, y quedáron convenidas en estar dispuestas para la noche siguiente, que era la señalada.

En fin tocaba yo en el momento del rapto, qne era el golpe terrible y que se dió felizmente sin que yo compareciese; y aun afecté este dia un fuerte dolor de cabeza; y me

encerré en mi quarto por la noche, pero no pude dormir. Atormentado de la idea de mi crímen recelé que mi padre advirtiese la alteracion de mi semblante, y adivinase la causa, ¡ tanto es cierto que el culpado teme siempre que sus maldades se descubran, aun por las personas que están mas lejos de presumirlas!

Entrétanto mi astuto criado, en compañia de una infame vieja, instruida en el lance, se trasladó á la calle de Sena; una escala arrimada á la pared facilitó la evasion de Cecilia y su amiga; ambas entráron en un coche en que las esperaba la fingida tia; entró luego Valvil, y se

pusiéron en camino. Lo supe todo á la mañana al mismo tiempo que mi padre recibió la noticia por los maestros de mi víctima. Hacia bastante tiempo que estos habian avisado que mi hermana recibia ocultamente papeles amorosos ; que muchas veces la habian visto hablando con un jóven por la noche. Creian que sin duda seria este el raptor ; y añadian que la criminosa Cecilia habia implicado á una compañera en sus desórdenes y fuga.

Bien supondreis que adelanté mi perfidia hasta agriar quanto pude la indignacion de mi padre. En efecto , le dixe , ya me habian

hablado de que trataba con un mozo despreciable ; pero lo creí impostura , pues nunca la tuve por capaz... ¡ O cielos ! ¡ deshonrar la familia , causar tantos pesares á tan buen padre ! No hay remedio ; renuncio desde ahora el gusto de volver á ver á tan delinqüente hermana , á quien sin duda su raptor llevará á algun reyno extrangero donde se establecerá ; pero si tuviese el atrevimiento de presentarse jamas á los ojos de un padre... ¿ qué digo? dadla ya por perdida , padre mio, por perdida para siempre.

Añadí otras mil exclamaciones, y disfruté el cruel placer de oir á

mi padre maldecir á su hija, y jurar que la abandonaba enteramente. Mi hermana, al partir, habia dexado sobre una mesa una carta para mi padre, pero yo cuidé de que no la viese. En ella le hablaba de su amor á un jóven rico y bien nacido, de las persecuciones de un hermano bárbaro, y en fin queria justificarse, en cierto modo, de su temerario arrojo. Quemé esta carta, como otras antecedentes, y gozé en paz de mi perfidia. Algun tiempo despues enfermó peligrosamente mi padre; no me separé de su lado; é hice tanto, que desheredó á mi hermana, y me nombró por su único heredero.

Habia yo conseguido con esto el objeto de mis maldades, pero no debia disfrutarle largo tiempo; y pronto vereis como el cielo disponia los sucesos para castigar el crímen, y dexar triunfante la inocencia oprimida. Pero ántes de llegar á la venganza divina, que tanto habia merecido, debo retroceder á la calle de Sena, y al momento del rapto de Cecilia, y seguir á esta crédula vìctima del ódio y ambicion del mas perverso hermano. Sin duda deseareis saber lo que la sucedió con el falso Valvil y la supuesta tia; pero luego conocereis sus desgracias, y el modo

cruel con que quedó desengañada.

Era la media noche y volaban los fugitivos... Aquí Palemon suplicó al Carbonero que suspendiese su narracion: pues él tenia que andar una legua para volver á su casa, y temia hallarse de noche en el bosque con su tierna familia. Mañana volveremos, le dixo, y continuareis una historia que nos interesa infinitamente.

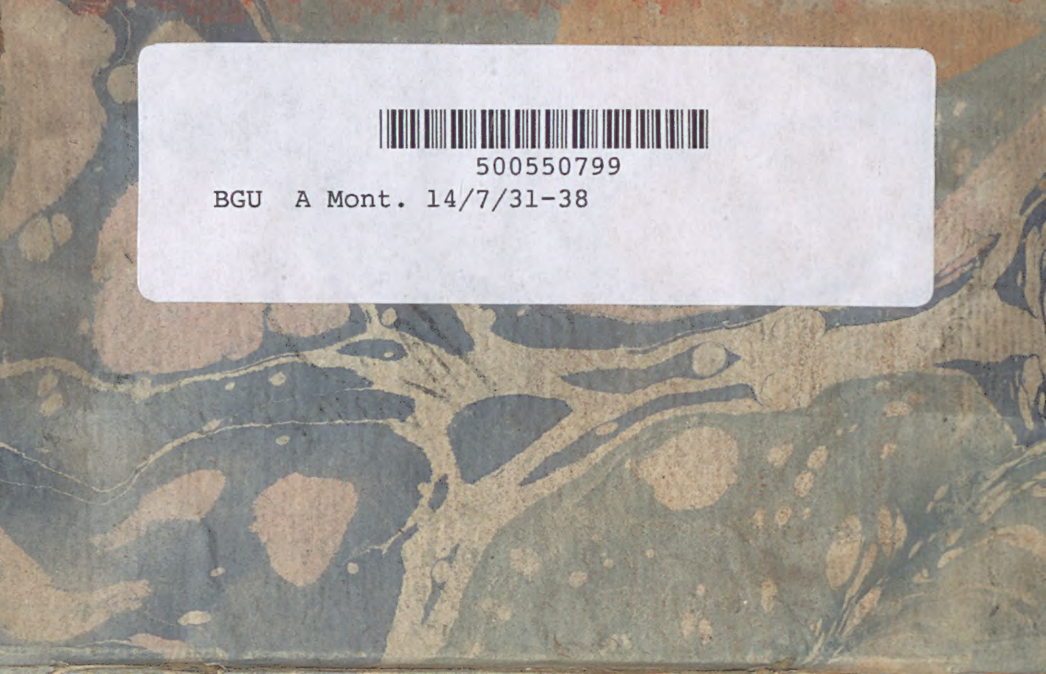
Convino el Carbonero; Palemon volvió á la Granja con sus hijos, y su conversacion recayó sobre los horribles crímenes del hombre que habian visto; el anciano tuvo cuidado de hacer indirectamente y como al descuido algunas aplica-

ciones á Benito y su hermana, los quales baxáron los ojos, pero no tuvieron valor para abrazarse. Quedó Palemon indignado de ello, y mucho mas de la obstinacion de Benito, qne era el mas culpado ; y esto le confirmó en la resolucion de castigarle severamente. En la tarde siguiente veremos como se manejó para ello.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.







TARDES
DE LA
GRANJ




colorchecker CLASSIC
calibrite
mm